

© WALT DISNEY PRODUCTIONS

UN NUEVO LIBRO DE ESTAMPAS

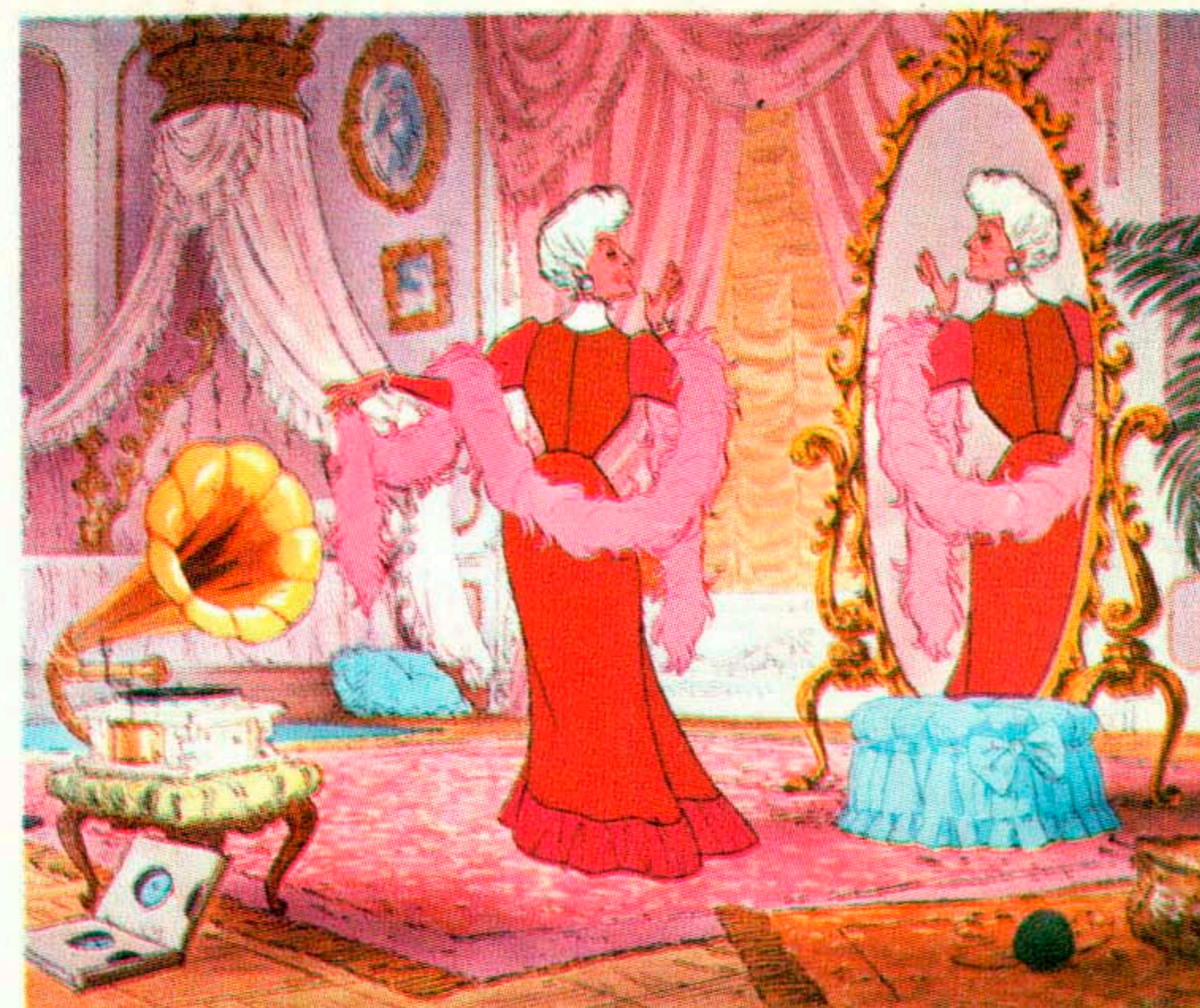
WALT Disney

LOS ARISTOGATOS

La apasionante y bella historia de unos gatos "aristocráticos", ilustrada en 48 maravillosas estampas, tomadas de la película.



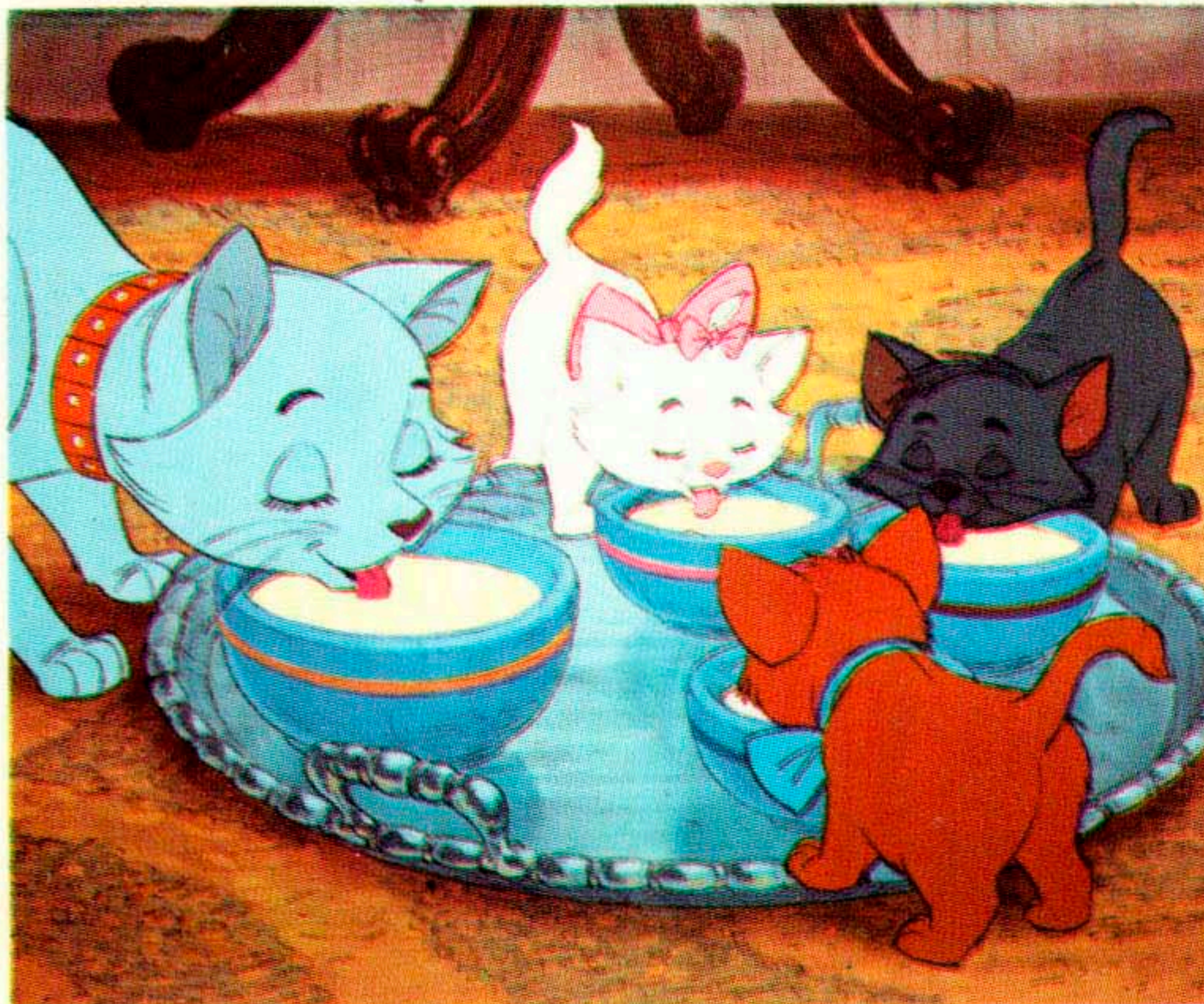
LOS DIVERTIDOS AMIGOS DE O'MALLEY



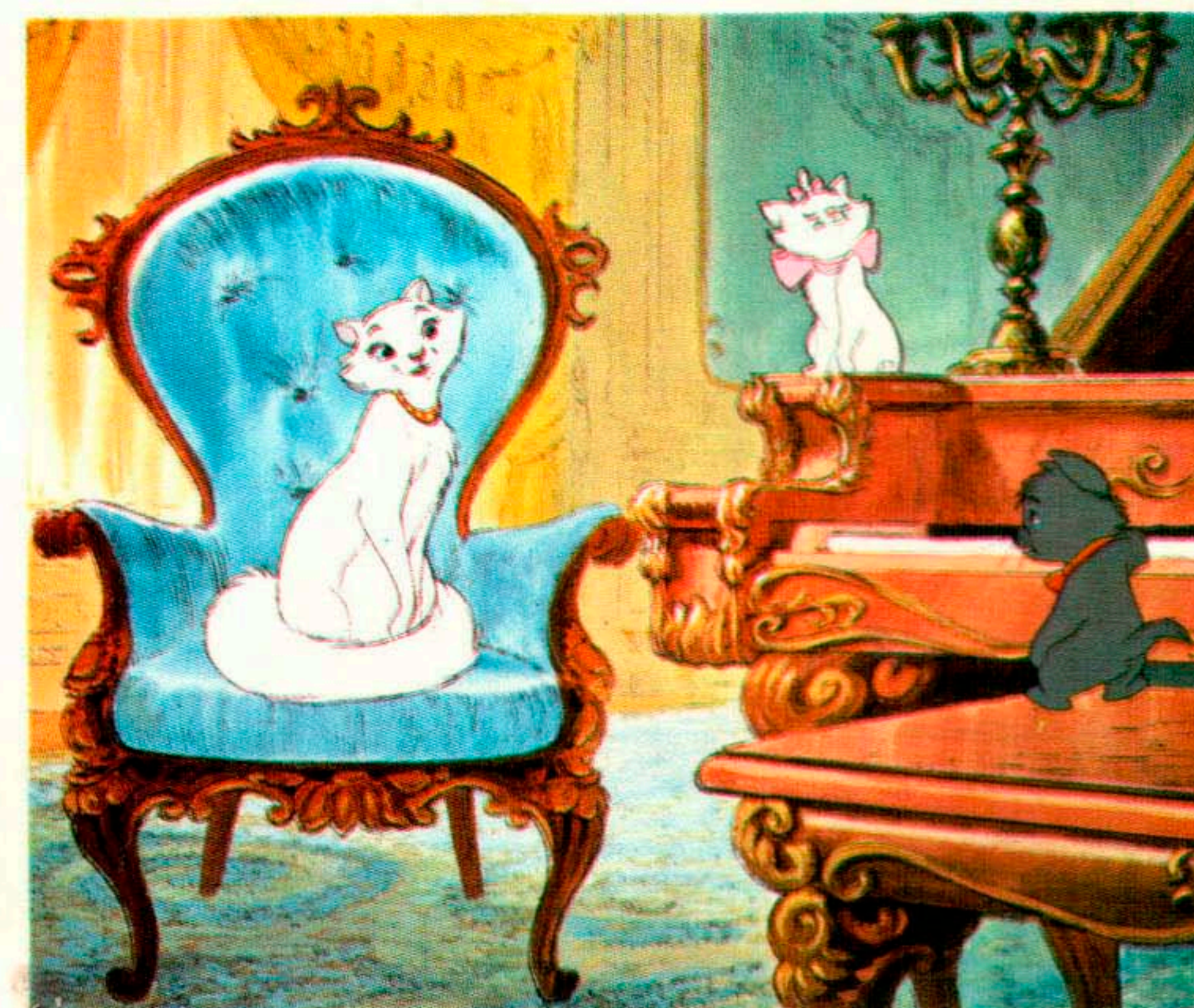
MADAME ADELAIDE, ANTE EL ESPEJO



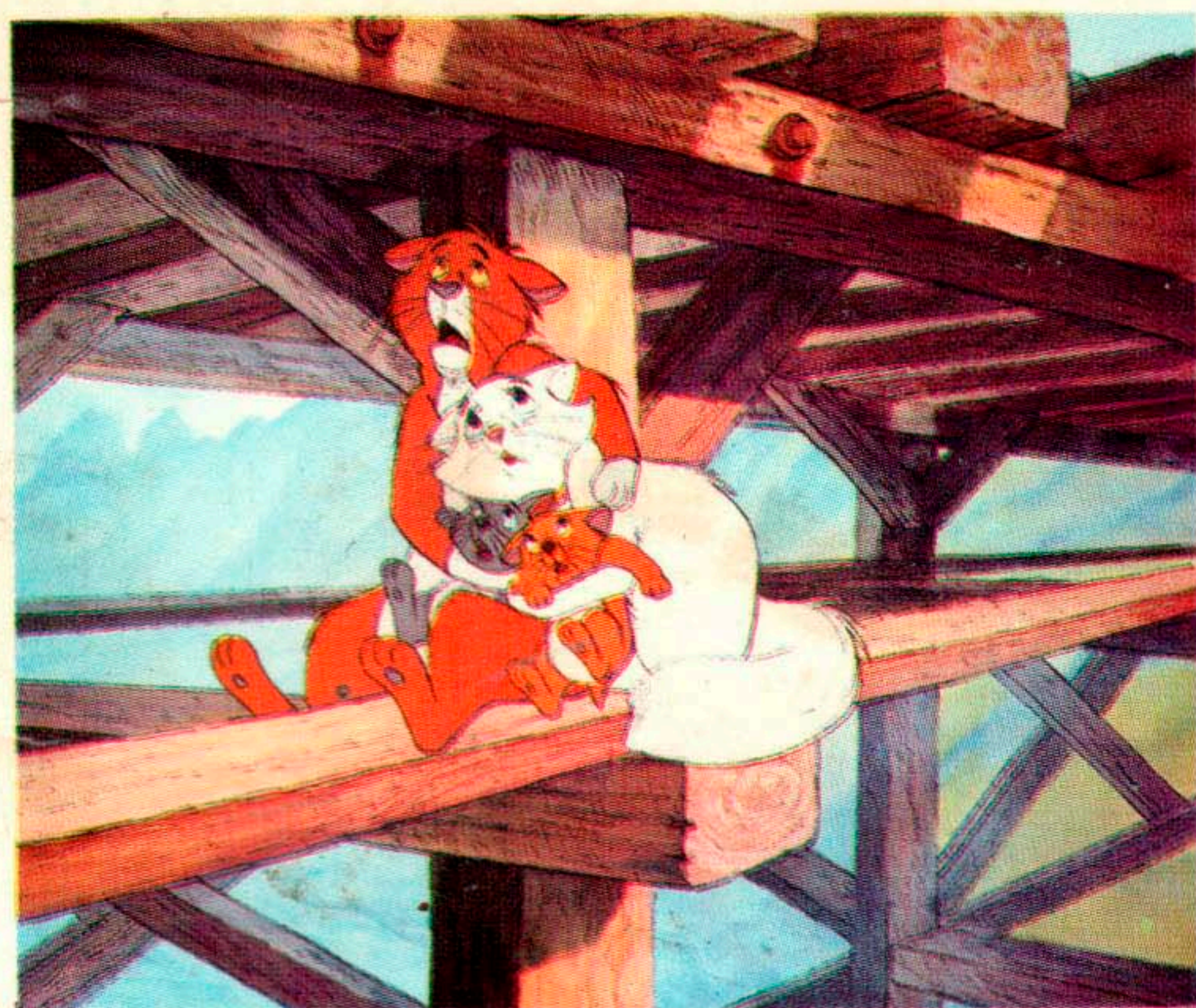
¡SUBID DE PRISA! —INVITÓ O'MALLEY



CENANDO LA «CREME A LA EDGAR»



BERLIOZ TOCA EL PIANO



AGUARDARON REALMENTE ASUSTADOS



MARIE Y BERLIOZ, AL PIANO



EDGAR TIENE MUCHA PRISA



DAVY CROCKETT Y MIKE FINK

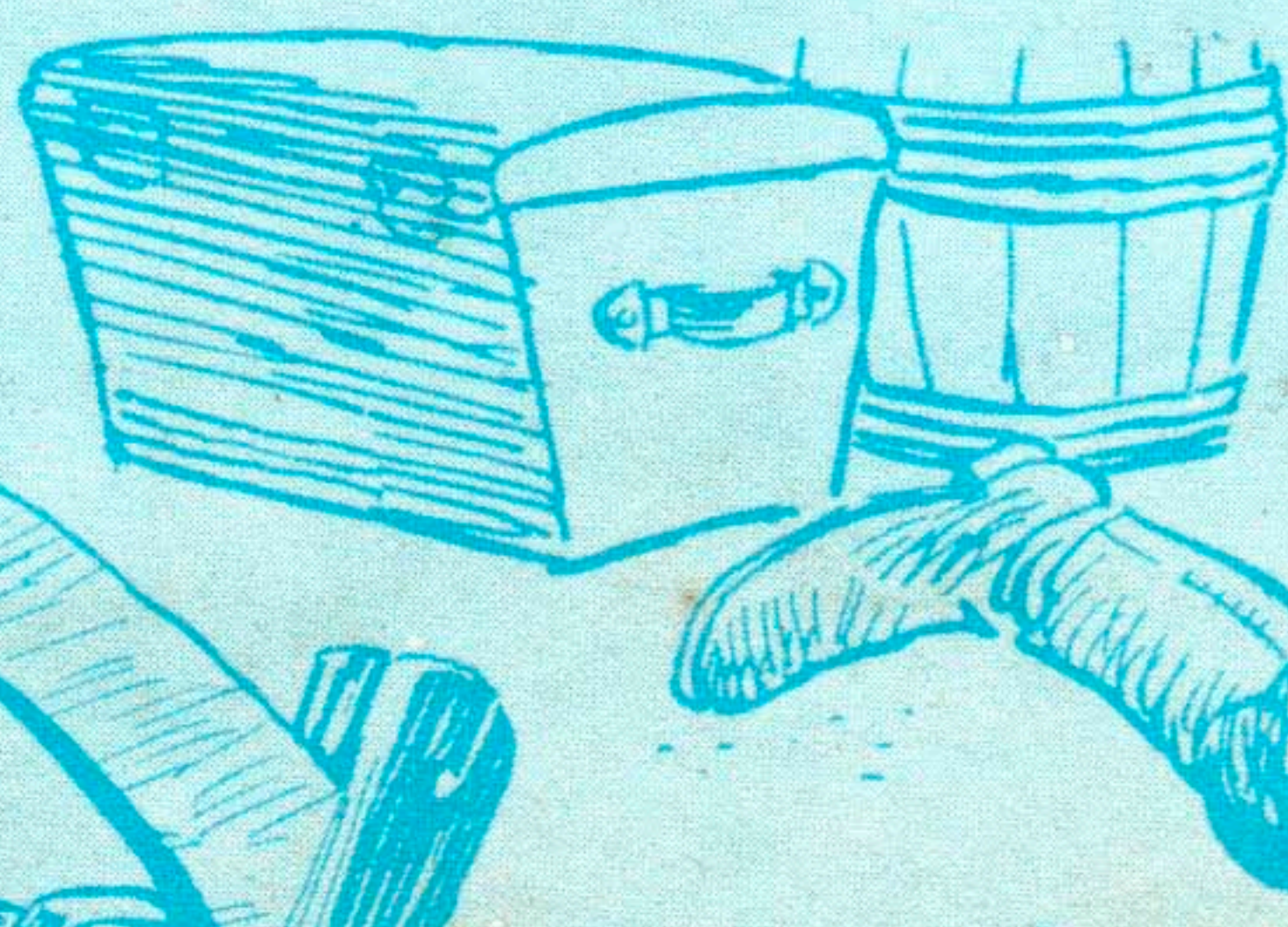
He aquí dos episodios más de la apasionante historia de Davy Crockett, basados en el popular programa de televisión «Disneylandia».

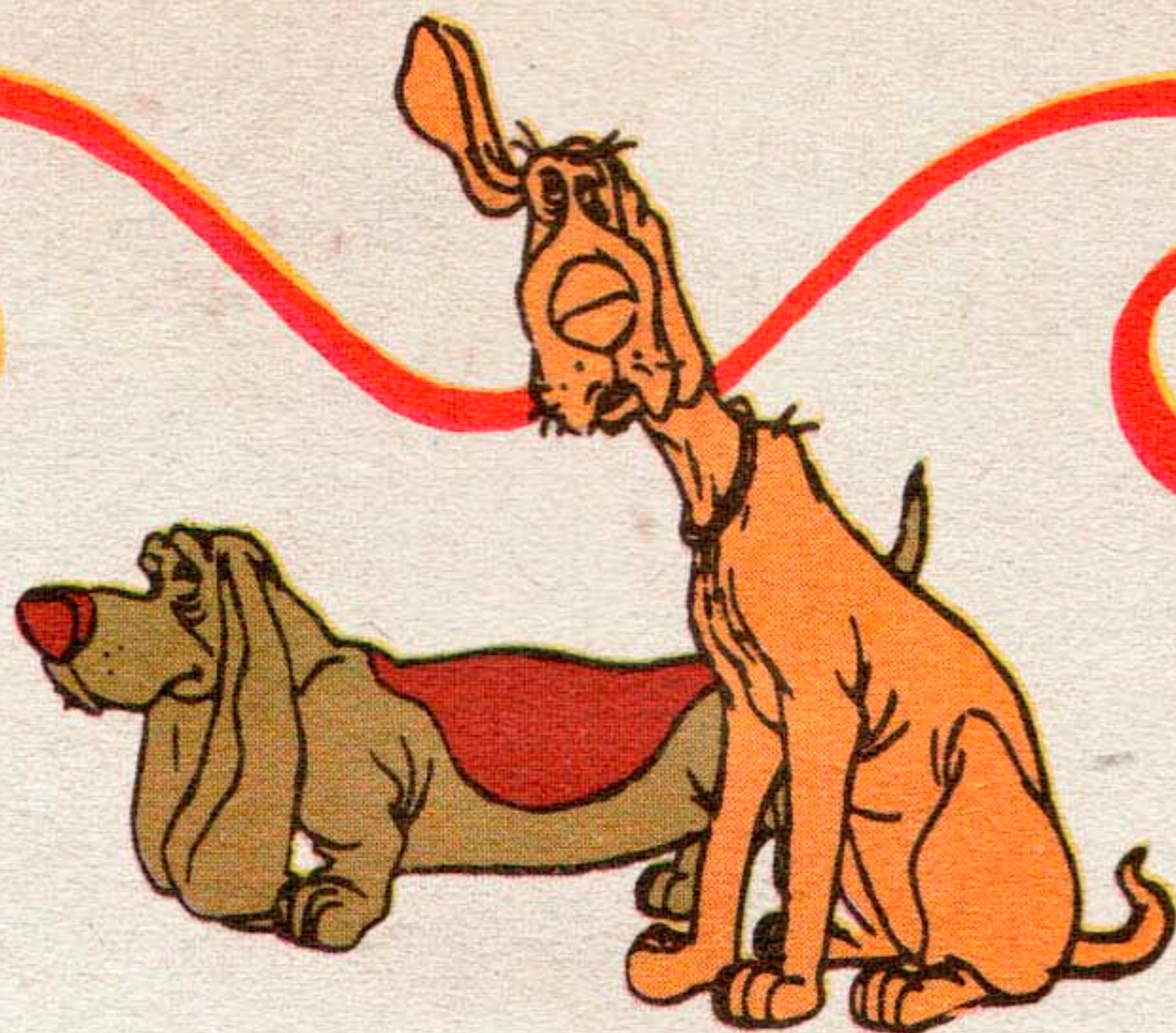
En este primer episodio, Mike Fink, el rey del río, compite con Davy en una carrera de barcasas por el río Mississippi. Davy y su competidor se ven precisados a luchar en el transcurso de la carrera contra los piratas que merodean por las riberas del río.

Este es uno de los títulos de la colección UN NUEVO LIBRO DE ESTAMPAS, basado en un film de Walt Disney que ha sido aclamado por todos los públicos.

«Davy Crockett y Mike Fink» mantiene, en el libro de estampas, todo el interés, amenidad y suspense que caracterizan a la película. En realidad, los cromos que lo ilustran son como la película misma, con la ventaja de que puedes recrearte en su contemplación todo el tiempo que lo desees. Además, la operación de colocar cada cromo en el espacio que le corresponde, aumentará el placer de la lectura.

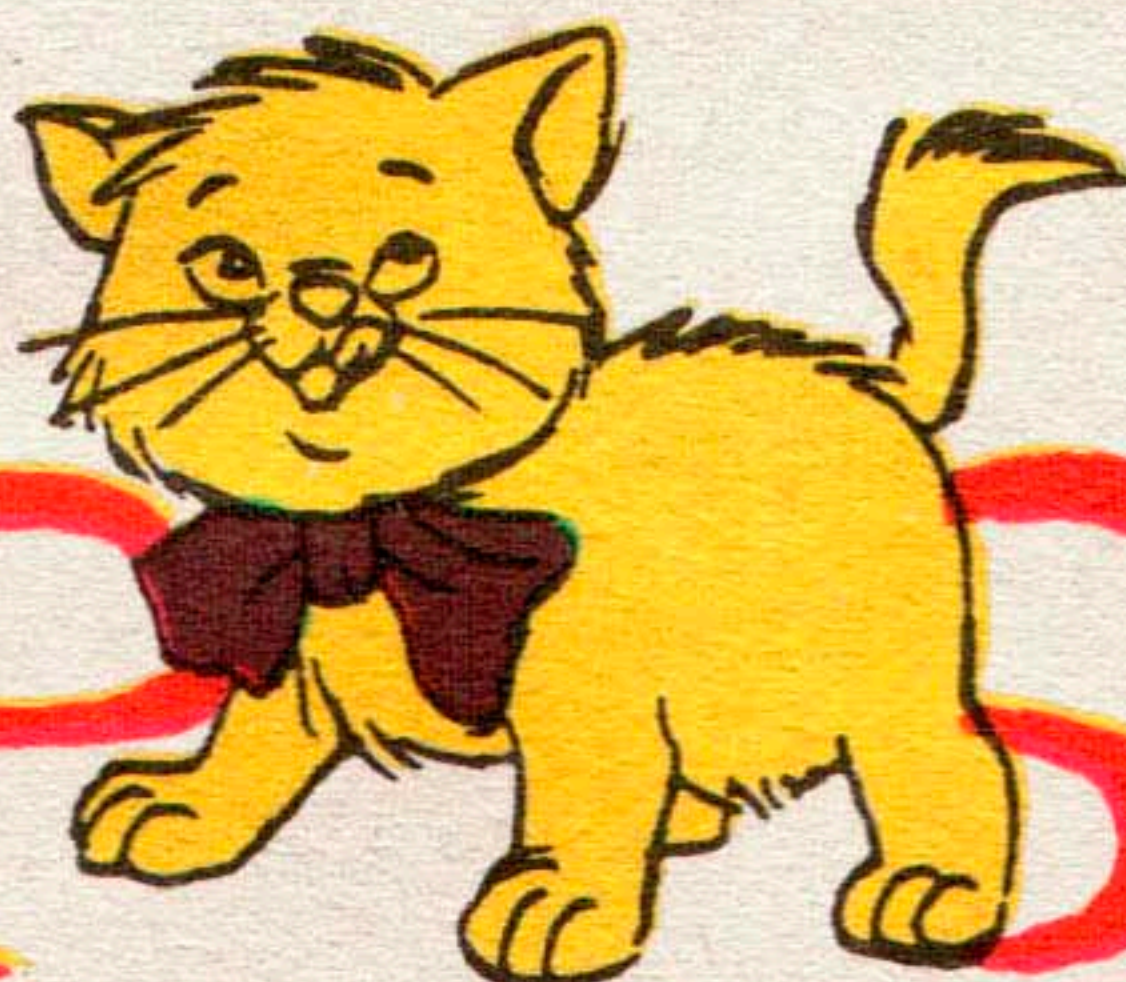
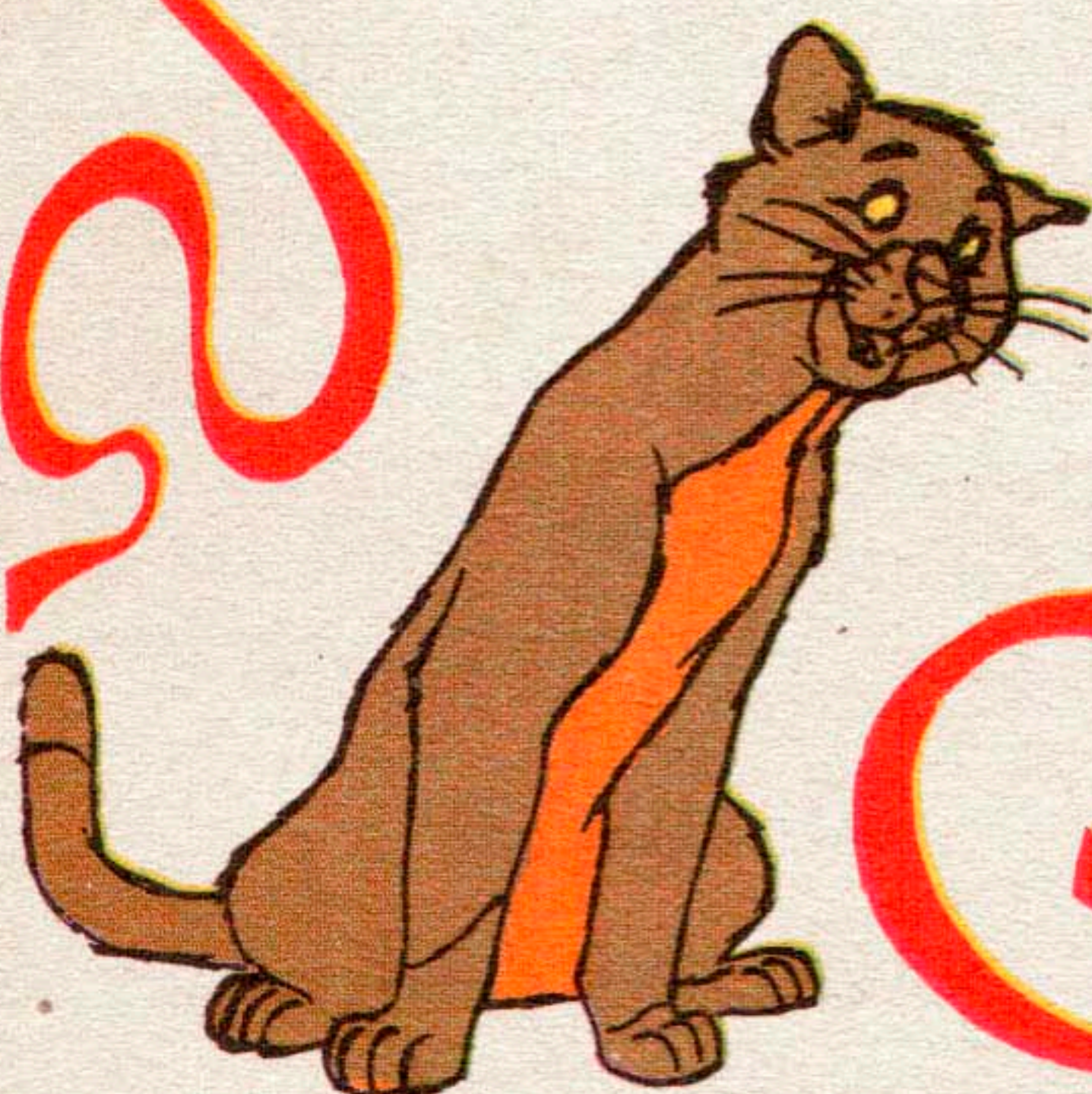
Por tanto, para usar «Davy Crockett y Mike Fink», primero has de separar los cromos, para después buscar la página a que pertenecen y pegarlos en el espacio correspondiente.





UN NUEVO LIBRO DE ESTAMPAS
WALT Disney
LOS
ARISTOGATOS

BASADA EN LA PELICULA
DEL MISMO NOMBRE

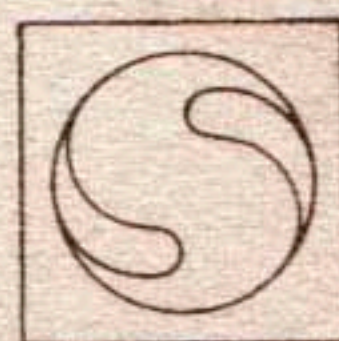


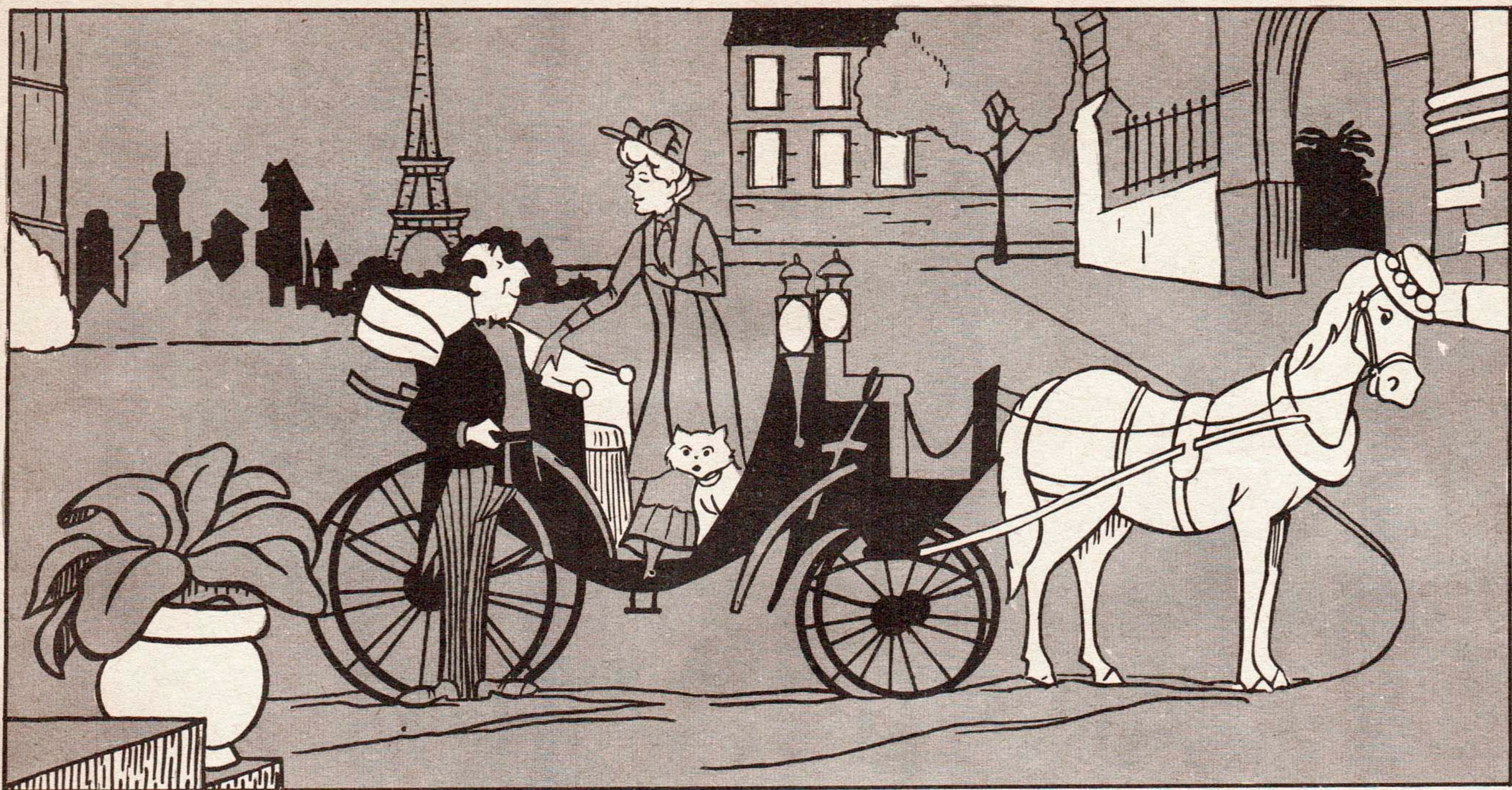
He aquí una lista de las estampas de los aristogatos, con el número de las páginas en las que deberán ser colocadas:

	Pág.
MADAME ADELAIDE, DE PASEO	2
MADAME ADELAIDE, ANTE EL ESPEJO	3
EL ABOGADO DE MADAME ADELAIDE	3
EDGAR ESCUCHABA POR EL AUDIFONO	6
MADAME BONFAMILLE RECIBE A SU ABOGADO	6
EDGAR, EN SU HABITACIÓN	6
BERLIOZ TOCA EL PIANO	7
MARIE Y BERLIOZ, AL PIANO	7
TOULOUSE PRACTICA LA PINTURA	7
CENANDO LA -CREME A LA EDGAR-	10
LOS GATITOS INVITARON A ROQUEFORT	10
VERTIÓ UNAS GOTAS DE SOMNÍFERO	10
—¡ARRIBA, LAFAYETTE! —GRITA NAPOLEÓN	11
EDGAR TIENE MUCHA PRISA	11
PERSECUCIÓN BAJO EL PUENTE	11
EDGAR UTILIZÓ SU PARAGUAS	13

—¿DÓNDE ESTAMOS? —MUSITA DUQUESA	14
SE APODERARON DE LA MOTO	14
APARECIERON LOS TRES GATITOS	14
APARECIÓ UN GATO VAGABUNDO	15
—¡VIGILARÉ A EDGAR! —DIJO ROQUEFORT	15
¡SUBID DE PRISA! —INVITÓ O'MALLEY	15
CRUZARON EL PUENTE	17
AGUARDARON REALMENTE ASUSTADOS	18
LAS HERMANAS GABBLE	18
AMELIA GABBLE, UNA DE LAS OCAS	19
DUQUESA SE DESPIDE DE O'MALLEY	19
FROU-FROU HACE UNA OBSERVACIÓN	19
SE RETIRAN A DESCANSAR	20
UN SOLO DE TROMPETA	22
LA BANDA DE SCAT	22
DUQUESA ESTABA ENCANTADA	22

	Pág.
LOS DIVERTIDOS AMIGOS DE O'MALLEY	23
HACE SONAR LOS PLATILLOS	23
INTERPRETABAN BELLAS MELODÍAS	24
DUQUESA Y O'MALLEY, EN EL TEJADO	24
EDGAR INTENTA PESCAR SU SOMBRERO	26
EDGAR METIÓ A LOS GATOS EN UN SACO	26
EDGAR ESTÁ MUY CONTENTO	26
ROQUEFORT INVESTIGA	27
ROQUEFORT AVISA A O'MALLEY	27
ROQUEFORT SE LLEVÓ UN BUEN SUSTO	30
ATRAPÓ A O'MALLEY CON UN TRIDENTE	30
—¿ESTÁIS BIEN? —PREGUNTÓ O'MALLEY	31
ACARICIÓ A SUS QUERIDOS GATITOS	31
SE LLEVAN EL BAÚL	31
UNOS PASOS DE BAILE	32
DUQUESA Y O'MALLEY BAILAN FELICES	32

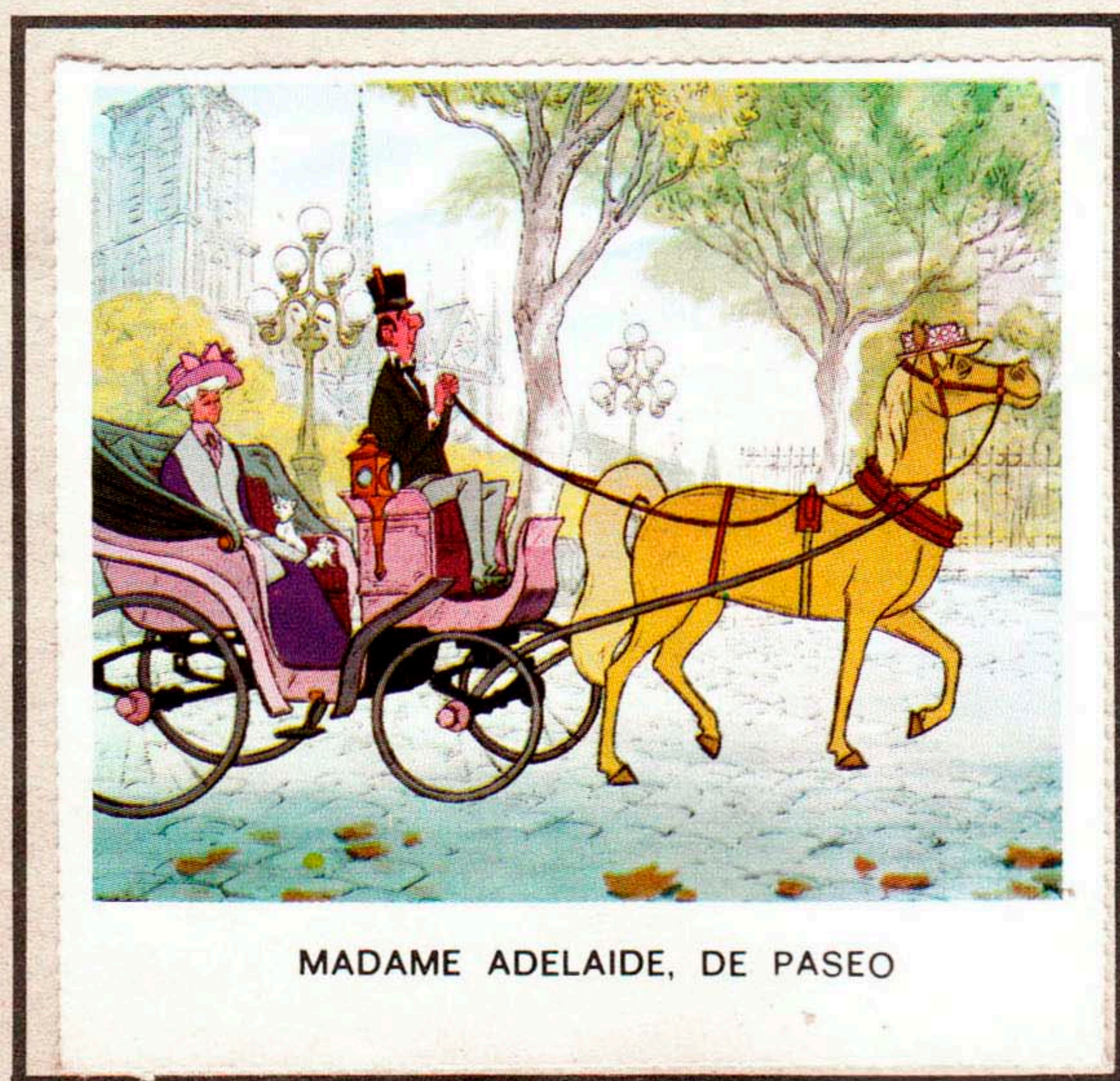




Madame Adelaide Bonfamille era una dama un poco excéntrica que vivía, a principios de siglo, en un elegante barrio residencial de París. Moraba en una gran casa: un palacete con muchas habitaciones y muchos objetos de valor que Edgar, su fiel mayordomo, se encargaba de limpiar y pulir cada día.

Porque Edgar era un mayordomo consciente de sus obligaciones. Aunque, eso sí, no estaba dispuesto a continuar siendo mayordomo durante mucho más tiempo, como no tardaremos en ver...

En la primera década de nuestro precipitado siglo los gatos estaban como de moda, quizá porque aquellos años no eran tan precipitados como los actuales. En cualquier caso, en París y en otras muchas ciudades de Europa había personas que adoraban a sus animales domésticos, principalmente gatos y aves canoras. Madame Adelaide tenía gatitos en su lujosa mansión: La gata Duquesa, cuyo nombre le venía pintiparado, y sus tres gatitos. Todos juntos son muy felices, pues la señora les mimaba y no quiere que les falte de nada. Duquesa y sus gatitos saben que afuera, en el exterior, hay muchos gatos vagabundos que pa-



MADAME ADELAIDE, DE PASEO

san calamidades. Ellos, por el contrario, nadan en la abundancia. Y todo se lo deben a madame Adelaide, su querida ama, a la que profesan un gran cariño.

La anciana dama tiene un amigo llamado Georges Hautecourt, abogado muy conocido en la ciudad. Se trata de



MADAME ADELAIDE, ANTE EL ESPEJO

un hombre vivaz y simpático, que siempre procura llevar chucherías y regalos a Duquesa y a sus hijitos.

Una mañana, al regreso de un largo paseo en coche, la anciana señora dice a Edgar, su mayordomo, que espera la visita del abogado. En ese momento, Edgar está lejos de sospechar que esa visita va a cambiar el curso de los acontecimientos.

Poco después, mientras el mayordomo, en las caballerizas, cepilla a Frou-Frou, el caballo favorito de la casa, se oye el ruido de un coche que se acerca. En aquel tiempo no había tantos automóviles como ahora, y un coche como el del abogado Georges Hautecourt, de-

portivo por más señas, llamaba poderosamente la atención. Edgar conocía el ruido característico de aquel auto, y se apresuró a abandonar el cepillo con que limpiaba al caballo para ir hacia la puerta principal.

—Buenos días, señor —saludó, sonriente y cortés, el mayordomo. El abogado le respondió con un susurro, porque lo cierto es que no estaba tan en buena forma como podía parecer a quien le viese a bordo de su ruidoso, deportivo y flamante automóvil.

—Señor, madame Adelaide os aguarda arriba —dijo Edgar en el vestíbulo.

—Bueno, qué le vamos a hacer —contestó el abogado, mirando la empinada escalera que se alzaba ante él—. ¿Quién inventaría las escaleras? ¡Es uno de esos inventos nefastos! ¿No te parece, Edgar?

—Tiene razón, señor abogado —asintió el viejo mayordomo—. Es un invento loco, loco...



EL ABOGADO DE MADAME ADELAIDE

—¡Esa es la palabra exacta! —exclamó el recién llegado—. ¡Loco! ¡Bueno, vamos allá!



Como otras veces, Edgar ayudó al buen abogado a subir la empinada escalinata.

Edgar se adelanta al visitante para anunciarle. Cuando madame lo recibe, el mayordomo regresa a sus habitaciones, donde le aguarda mucho trabajo.

Madame ha mandado llamar a su abogado porque tiene que discutir con él una importante cuestión legal. Se trata, nada menos, que de su testamento.

—Una nunca sabe lo que puede pasar —dice madame—. Y no quiero que, de pasar lo peor, mis amados gatitos queden en la calle. Son mi única familia..., sí... Realmente, mi única familia. Ellos me acompañan y me dan muchas

satisfacciones. ¡Son tan alegres, tan vivaces, tan buenos!

—Muy bien pensado —le interrumpe el abogado—. Todavía eres joven, querida Adelaide, pero nunca está de más hacer testamento. Y me parece muy bien que te ocupes de tus gatitos.

—Están encantadores, tan lustrosos, tan bien cuidados... ¡Edgar también los quiere mucho! Si yo les faltara, mis gatitos no lo sentirían demasiado, porque Edgar...

El viejo abogado sospecha lo peor. Algo que no le complace. Por eso interrumpe a madame:

—Pero, Adelaide... ¿Acaso piensas dejar toda tu fortuna al mayordomo?

Mientras esta conversación tiene lugar, el mayordomo Edgar, en su habitación, no pierde palabra, pues se halla planchando unos pantalones muy cerca





del tubo acústico. Al oír las últimas palabras del abogado, Edgar abandona su tarea para pegar el oído al aparato, no quiere perderse una sola sílaba de la respuesta de su ama. El corazón le late fuertemente en el pecho. Está completamente seguro de que la respuesta de madame Adelaide será afirmativa. ¡Qué alegría! ¡Toda su inmensa fortuna pasará a su poder! Mientras tiene la oreja pegada al tubo, no puede evitar que sus pies se muevan en un simulacro de danza. ¡Es tal la felicidad que lo invade!

Gravemente, madame Adelaide deja caer su respuesta:

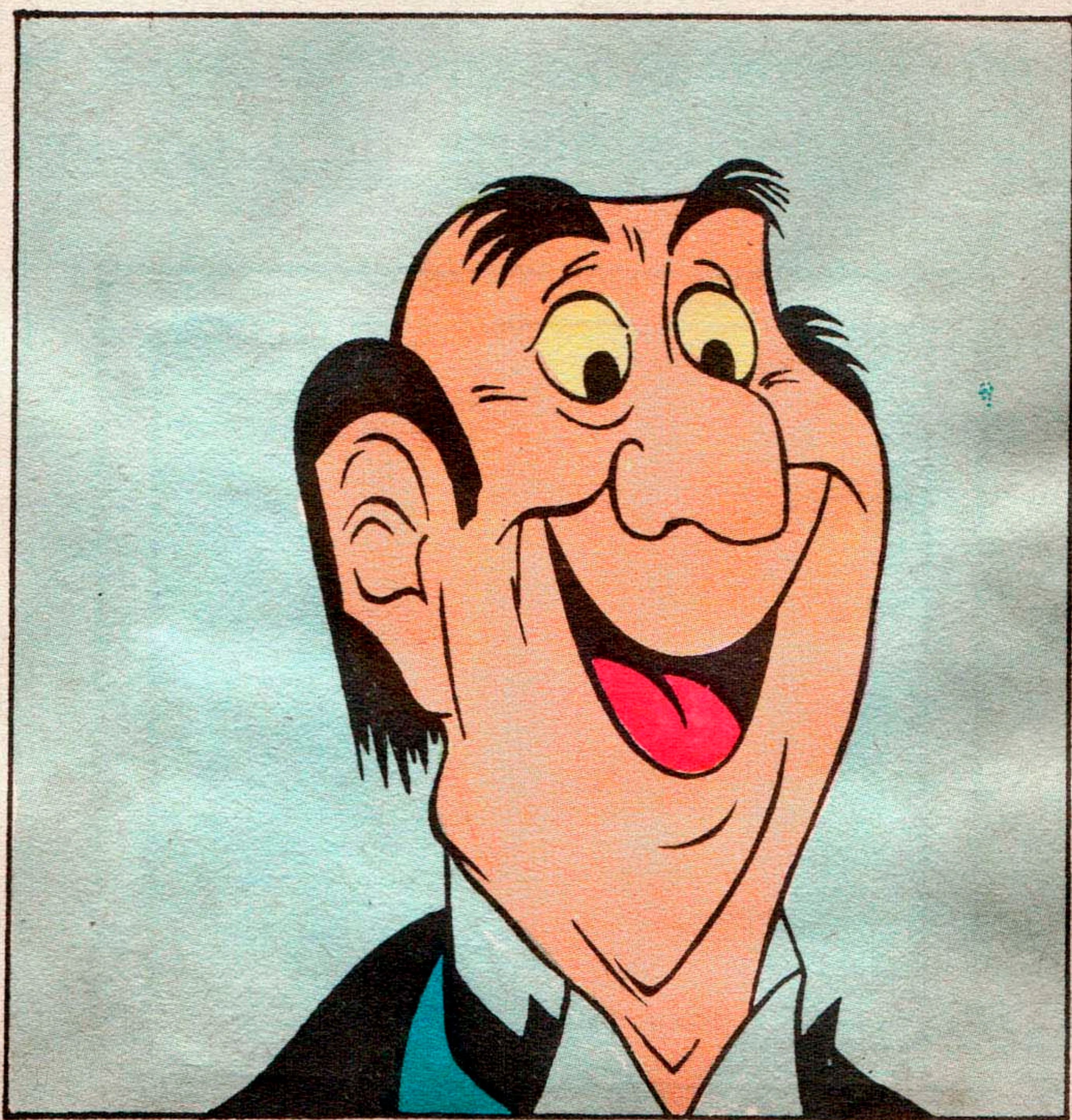
—Por supuesto, no pienso dejar mi fortuna al mayordomo. Al menos, por ahora. Duquesa y sus gatitos serán mis primeros herederos. Si éstos mueren, entonces... Entonces, sí: el heredero sería Edgar. Es lo justo.

El mayordomo, en su habitación, se separa del tubo acústico. No necesita oír más. Las palabras de madame Adelaide han caído como un mazazo violento sobre su cabeza. ¡Qué ingratitud! ¡Después de tantos años de servicio!

Se siente abrumado y colérico a la vez. ¡Qué disposición testamentaria tan caprichosa y ridícula! ¡Unos gatos! ¡Unos simples gatos, herederos de una inmensa fortuna! La cosa sería para echarse a reír si no fuese porque él era el perjudicado.

—¿Por qué razón deben heredar los gatos en primer lugar? —murmura Edgar. Y se dice una y otra vez que no hay derecho, que el mundo está lleno de injusticias y arbitrariedades.

El mayordomo hace sus cuentas rápidamente: un gato vive, por término medio, diez años... ¡Pero lo grave del

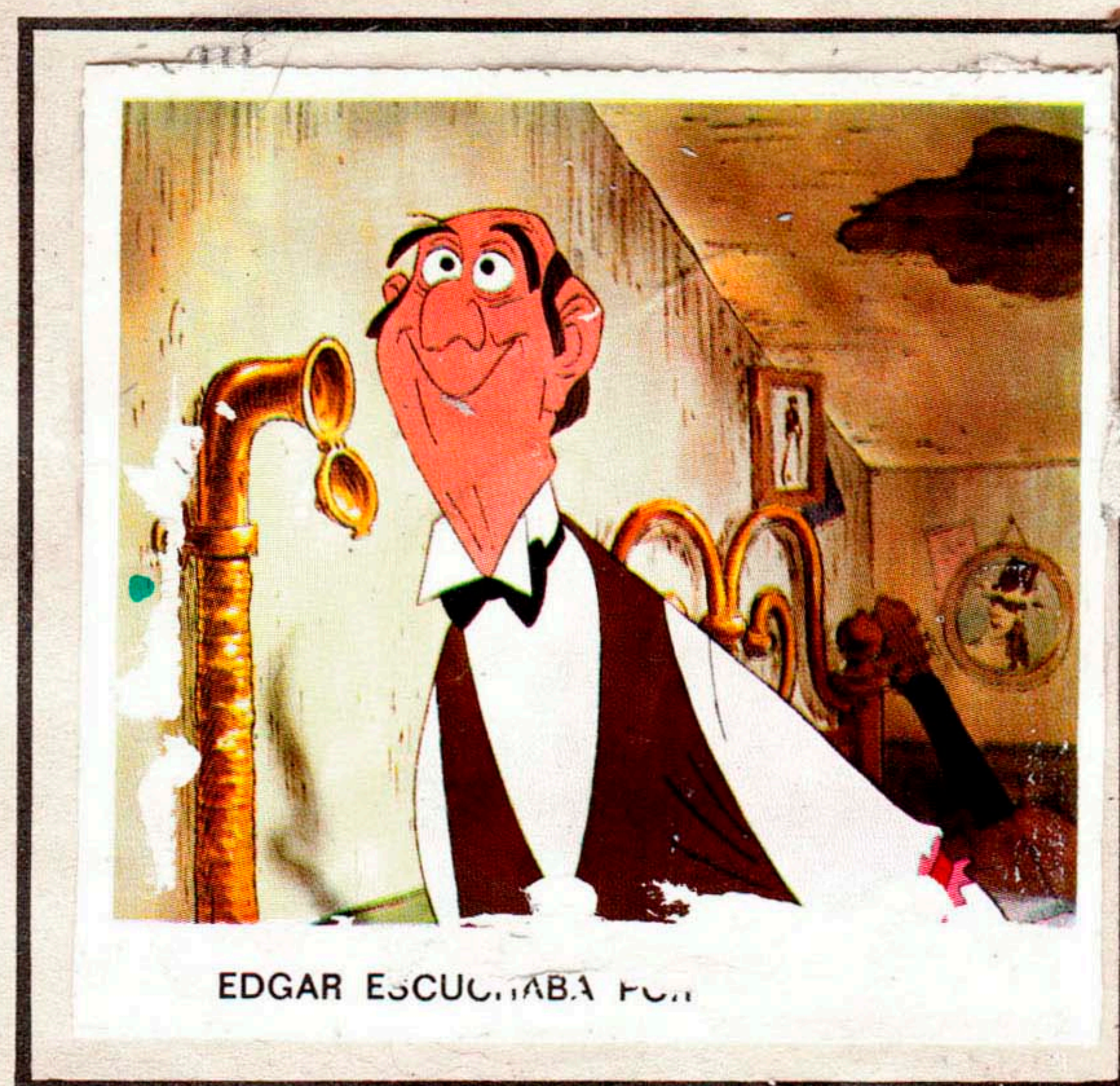


caso es que cada gato tiene siete vidas! Demasiado tiempo. El, pobre mortal, ya no estaría en el mundo cuando le llegase la hora de heredar.

—No lo consentiré —torna a murmurar el irritado y perplejo servidor—. ¡De ninguna manera! ¡Las personas somos antes que los animales!



Ya lo tiene decidido. Arreglará el asunto convenientemente. Buscará la manera de deshacerse de los gatos.



¡Guerra a Duquesa y a sus gatitos! ¡Iban a saber quién era él, Edgar! ¡Un mayordomo que no tenía un pelo de tonto!

Empieza a disipársele el disgusto. Todo tiene arreglo en este mundo, piensa. Por otra parte, sus enemigos no son más que unos simples gatitos, que sólo saben maullar. No tenía que estrujarse la cabeza demasiado para encontrar un plan que le librase de los felinos. La cosa no era ardua, ni mucho menos. Eso sí, tenía que evitar cuidadosamente que la señora de la casa, madame Adelaide, sospechase de sus verdaderas intenciones. No podía dar un solo paso en falso. Le iba en ello una inmensa fortuna, el futuro, ¡la felicidad!

Mientras Edgar se hallaba enfrascado en sus reflexiones, nada favorables para los gatitos, éstos, acabados sus juegos en el jardín, entraban en la casa a través de la pequeña puerta especialmente construida para ellos.

Los gatitos son: Marie, que insiste frecuentemente en los privilegios que le asisten por ser una dama, y sus hermanos Toulouse y Berlioz.



BERLIOZ TOCA EL PIANO

Entran en la casa ruidosa y alegremente, como los niños. En realidad, ellos son niños..., gatunos. Y como tales se consideran a sí mismos, pues se pasan el tiempo jugando, lloriqueando cuando se hacen pupa, protestando y pidiendo co-



TOULOUSE PRACTICA LA PINTURA

sas a mamá Duquesa, que, como buena madre, les reconviene cuando es preciso y les acaricia las más de las veces.

Duquesa sale al encuentro de sus hijitos para pedirles un poco de moderación en su comportamiento.

—¿Qué manera de entrar en casa es esa? —les regaña—. ¡Esto no es propio de aristócratas!

—¡Marie me ha arañado, mamá! —dice Berlioz.



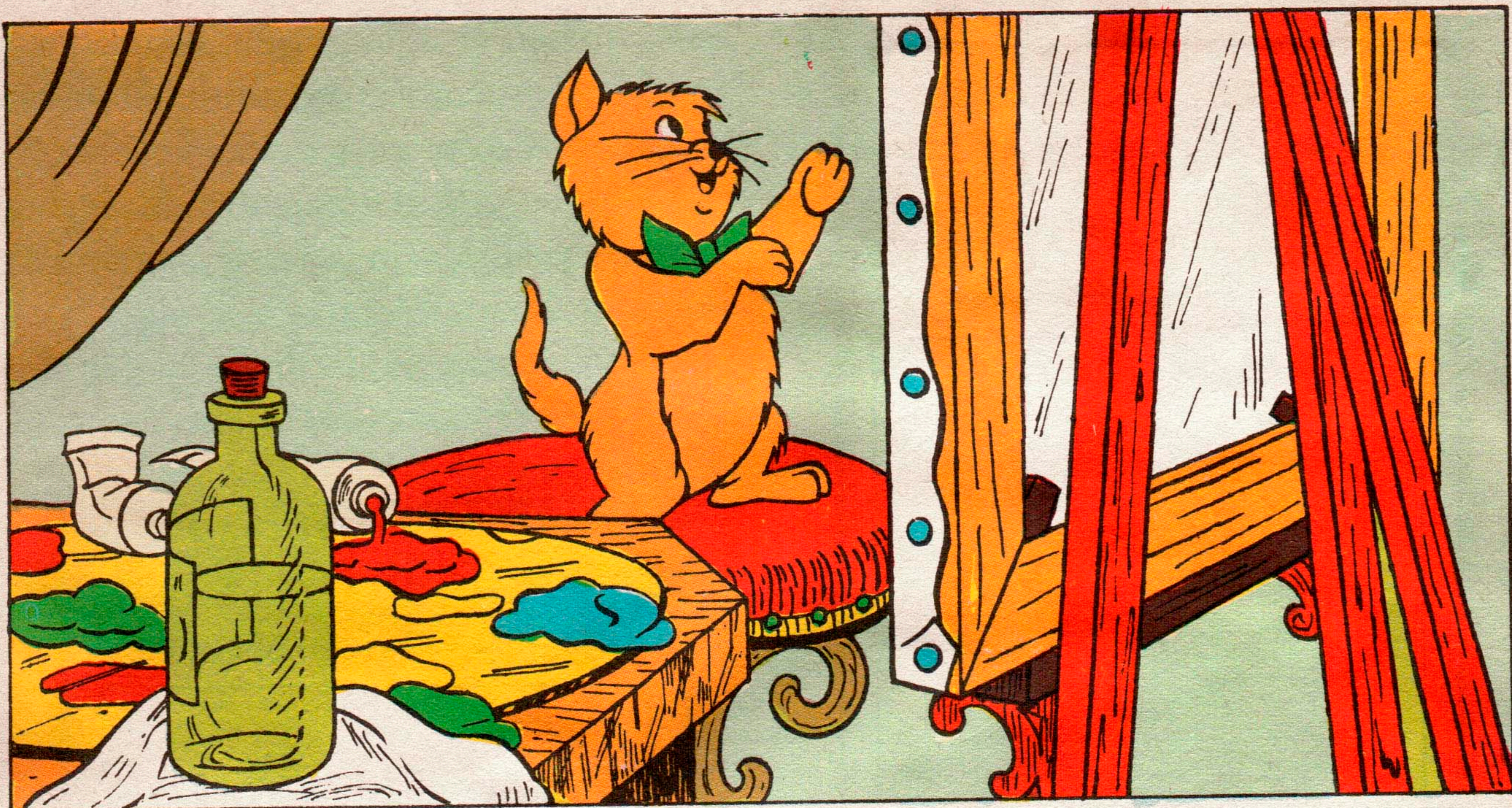
MARIE Y BERLIOZ, AL PIANO

—¡Y él también a mí! —se defiende la gatita.

—¡Estábamos jugando a arañar y morder! —replica Toulouse.

—¡Eso no es propio de vosotros, gatos civilizados y aristocráticos! —les asegura Duquesa—. ¡Qué no vuelva a suceder!

Los gatitos se ponen muy serios, y Marie hace algunos pucheritos, pues es muy sensible. En el fondo, comprende que su mamá tiene toda la razón del mundo.



Es la hora de la clase cotidiana. Un gato aristócrata no debe descuidar su educación.

Toulouse se inclina por la pintura, arte que le apasiona, y ya ha conseguido plasmar figuras y paisajes bastante notables. Sin embargo, aún le queda mucho que aprender.

Berlioz toca el piano, y Duquesa le augura un brillante porvenir como pianista. Marie canta a las mil maravillas, acompañada al piano por su hermano Berlioz. En suma, tres gatitos muy aplicados que demuestran poseer un cierto talento para las artes que practican, con la consiguiente satisfacción de mamá Duquesa, empeñada en procurar a sus retoños una educación a tono con la posición social de que disfrutan.

Bien ajenos están los infelices a los

planes maquiavélicos que contra ellos prepara el malvado Edgar, el mayordomo.

—¡Je, je, je! —ríe por lo bajo el muy ladino—. ¡También los gatitos pueden acabar sus días de una indigestión! ¡Ju, ju, ju!

Ha tomado un frasco de somnífero, del que extrae varias píldoras, que disuelve en la leche que está calentando al fuego para los pequeños Marie, Berlioz y Toulouse.

A continuación se dispone a servir a los gatitos su plato favorito. Muy envarado, entra en la estancia donde aguardan los tres hermanitos.

—¡Aquí tenéis vuestro plato favorito! ¡Espero que sea de vuestro agrado!

—Qué bien nos cuida Edgar, ¿verdad, mamá? —dice Marie.

—Sí, hijita. Es un buen mayordomo.

Edgar sale de la estancia, cerrando la puerta a sus espaldas. Cuando no pueden verle, se frota las manos de contento. Su plan no puede fallar.

Apenas han comenzado los gatitos a saborear la leche, hace su aparición en la estancia un pequeño visitante... Se trata de un simpático ratoncito llamado Roquefort, que ha salido de un agujero portando una galleta.

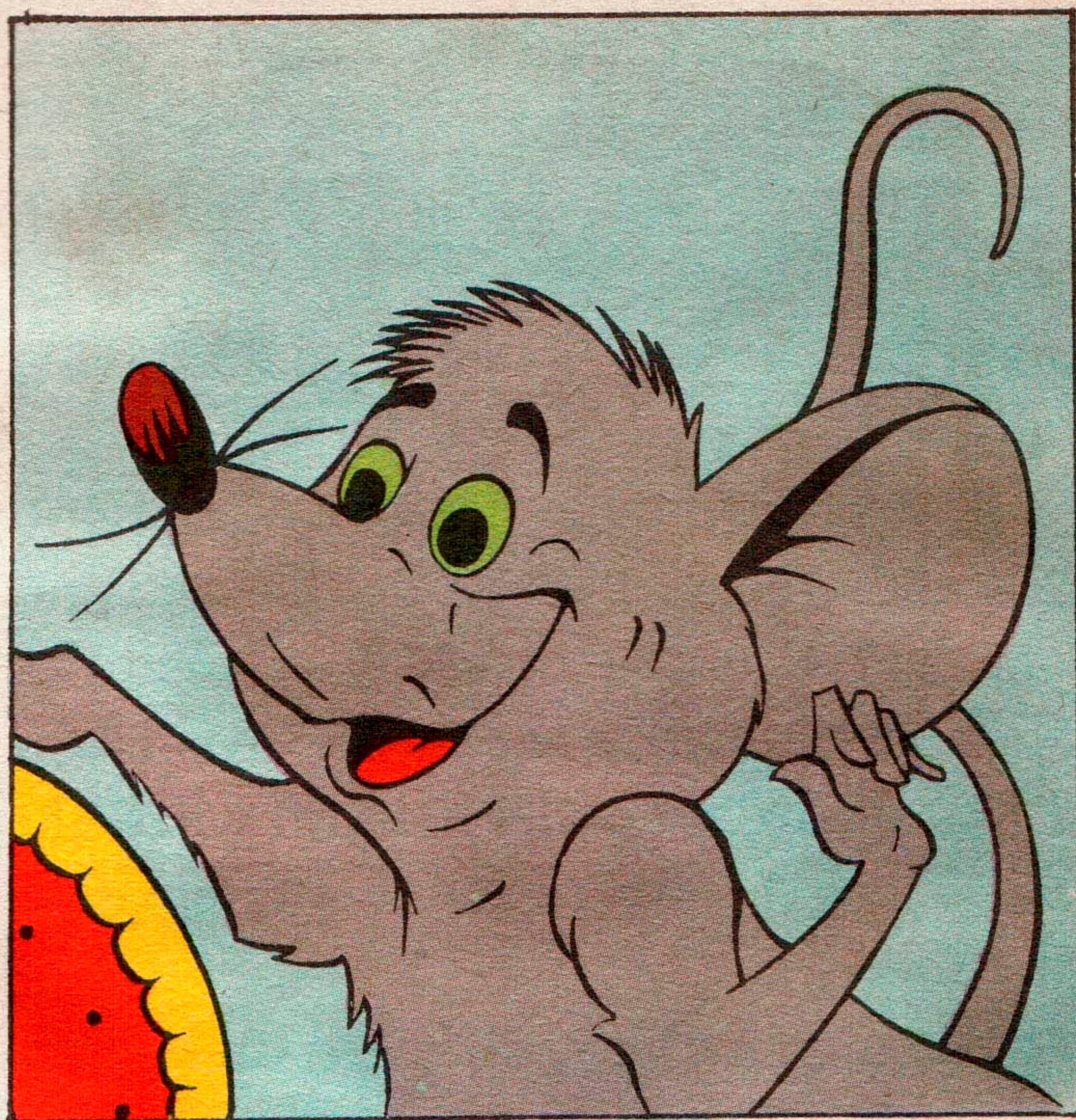
Como Roquefort es muy amigo de los gatos, es invitado a compartir la comida.

—¡Puedes saborear nuestra comida, si lo deseas! —invita Marie.

—¡Gracias! —exclama el ratoncillo—. ¡Humm! ¡Qué bien huele!

—¡Mejor sabrá! —dice Berlioz.

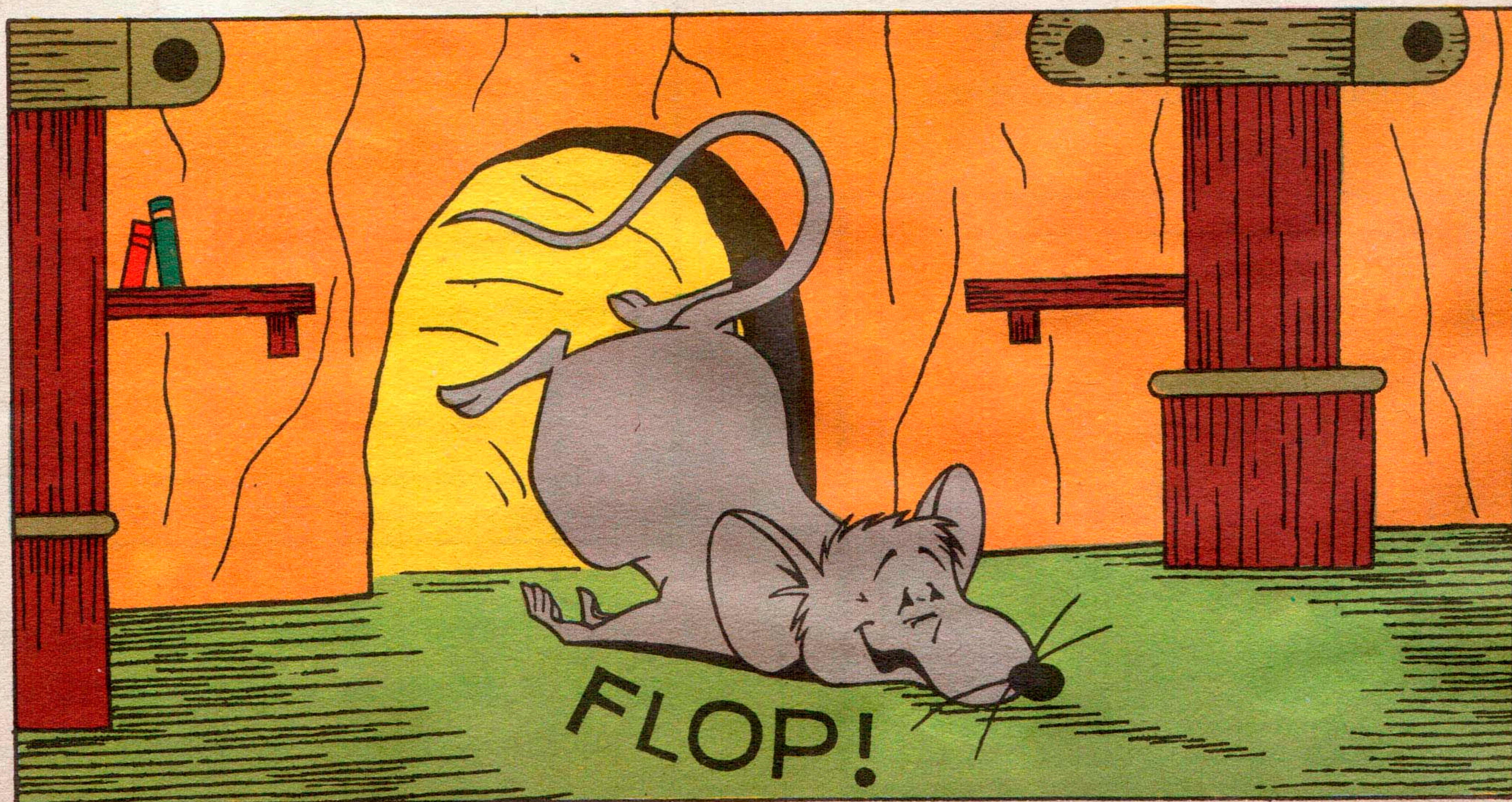
—¡Vamos, dejad que Roquefort humedezca su galleta en el plato de Edgar! —pide a sus hijitos mamá Duquesa—.



¡Hay que ser corteses con los huéspedes!

—¡Gracias, Duquesa! —dice Roquefort, y moja su galleta en el rico plato.

—¡Humm! —exclama, nada más probar el primer bocado—. ¡Qué plato tan exquisito! ¿Cómo se llama?



—¡Se llama *Creme a la Edgar*! —aclaró Marie.

—¡Humm! ¡Exquisito! ¡Verdaderamente exquisi...! ¡Ahh! ... ¡Voy a mi casita a por otra galleta! ¡Esta crema no me la pierdo!

Roquefort desaparece por el agujero. Sin embargo, la pócima del mayordomo empieza a surtir efecto y el ratoncito se siente invadir por un sueño invencible. El ratoncito, sin poder evitarlo y casi sin darse cuenta, se queda profundamente dormido.

También los gatitos sienten los efectos de la droga.

—Mamá, tengo mucho sueño —dice Marie, restregándose los ojos.

—Y yo —manifiesta Toulouse.

—Me caigo de sueño que tengo —asegura Berlioz, dando tumbos como un beodo.

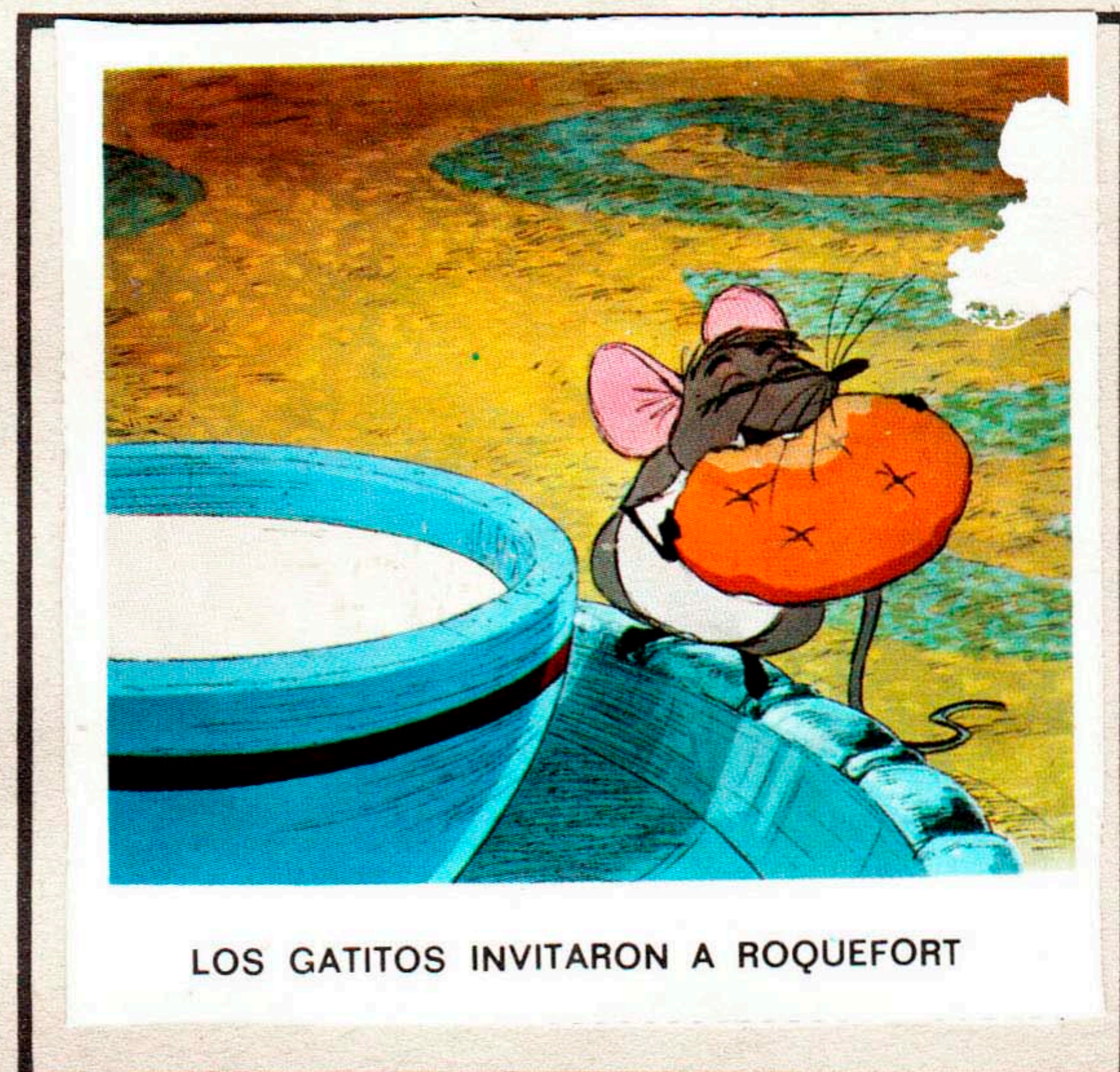
—Es natural —dice Duquesa—. El día ha sido muy agitado. Yo también tengo sueñecillo... Si no fuese porque no



es propio de una gata aristocrática, abriría una boca así de grande...

Aquella noche, Edgar cogió a los gatos, uno por uno, y los introdujo en una cesta.

—¡Je, je! ¡Vamos a dar un paseo, pequeños! ¡Os gustará, seguro!



Como el mayordomo es en realidad un delincuente *amateur*, no puede evitar cierto nerviosismo. Piensa en las posibles consecuencias.

—Pero no tengo nada que temer; mis temores son vanos... Diré a madame que los gatitos se han marchado de casa, sencillamente... No tendrá más remedio que dar crédito a mis palabras...

Con su cesta llena de gatos, Edgar se dirige a las cocheras. Coloca el precioso cargamento gatuno en el sidecar de una motocicleta, y se dispone a ponerla en marcha, lo que consigue al cabo de pocos minutos.



EDGAR TIENE MUCHA PRISA

El malvado mayordomo tiene prisa. Acelera mientras se desliza en su vehículo por las oscuras calles de París. Cuanto antes se deshaga de los gatos, mejor. Las afueras de la ciudad le tranquilizan, todo está saliendo a pedir de boca. Los gatitos continúan profundamente dormidos. Esto es algo que no deja de agradecer Edgar.

Pero lo que él ignora es que dentro de unos instantes pasará junto a un molino, cerca del cual dormitan dos perros, Na-



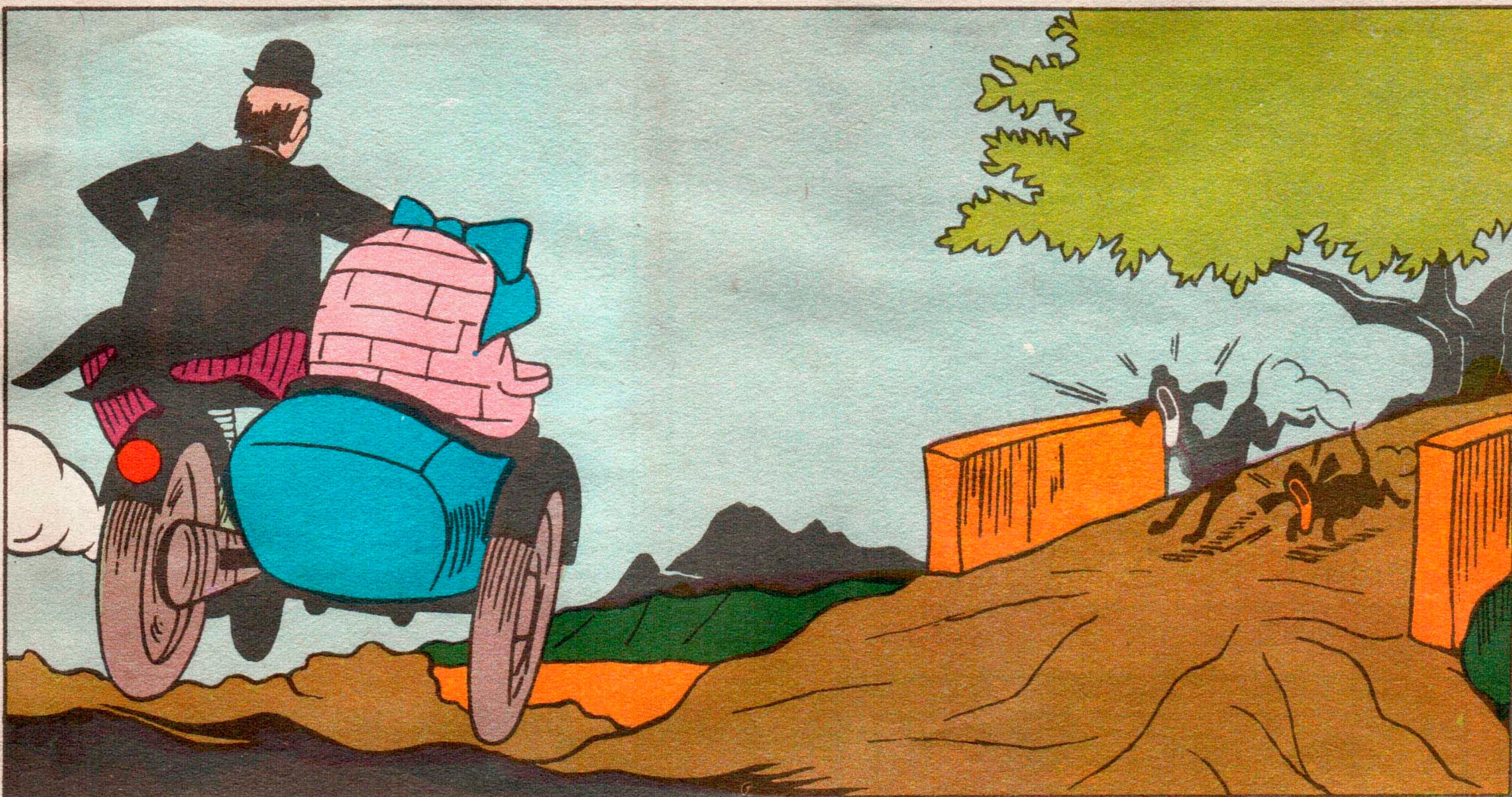
—¡ARRIBA, LAFAYETTE! —GRITA NAPOLEÓN

poleón y Lafayette, muy aficionados a perseguir a todo vehículo que por aquellos apartados lugares transite. Sobre todo, Napoleón, un can que considera deber ineludible correr con todas sus fuerzas detrás de todo coche o motocicleta. Lafayette es más pacífico, aunque, un poco débil de carácter como es, se deja arrastrar por su amigo y compañero.

—¡Arriba, Lafayette! —exclama Napoleón—. ¡Se acerca una motocicleta!



PERSECUCIÓN BAJO EL PUENTE



Lafayette, que está un poco cansado, replica:

—¡Eres incansable! ¡Hemos perseguido hoy cuatro automóviles, una bicicleta y una motocicleta! ¿No te das por

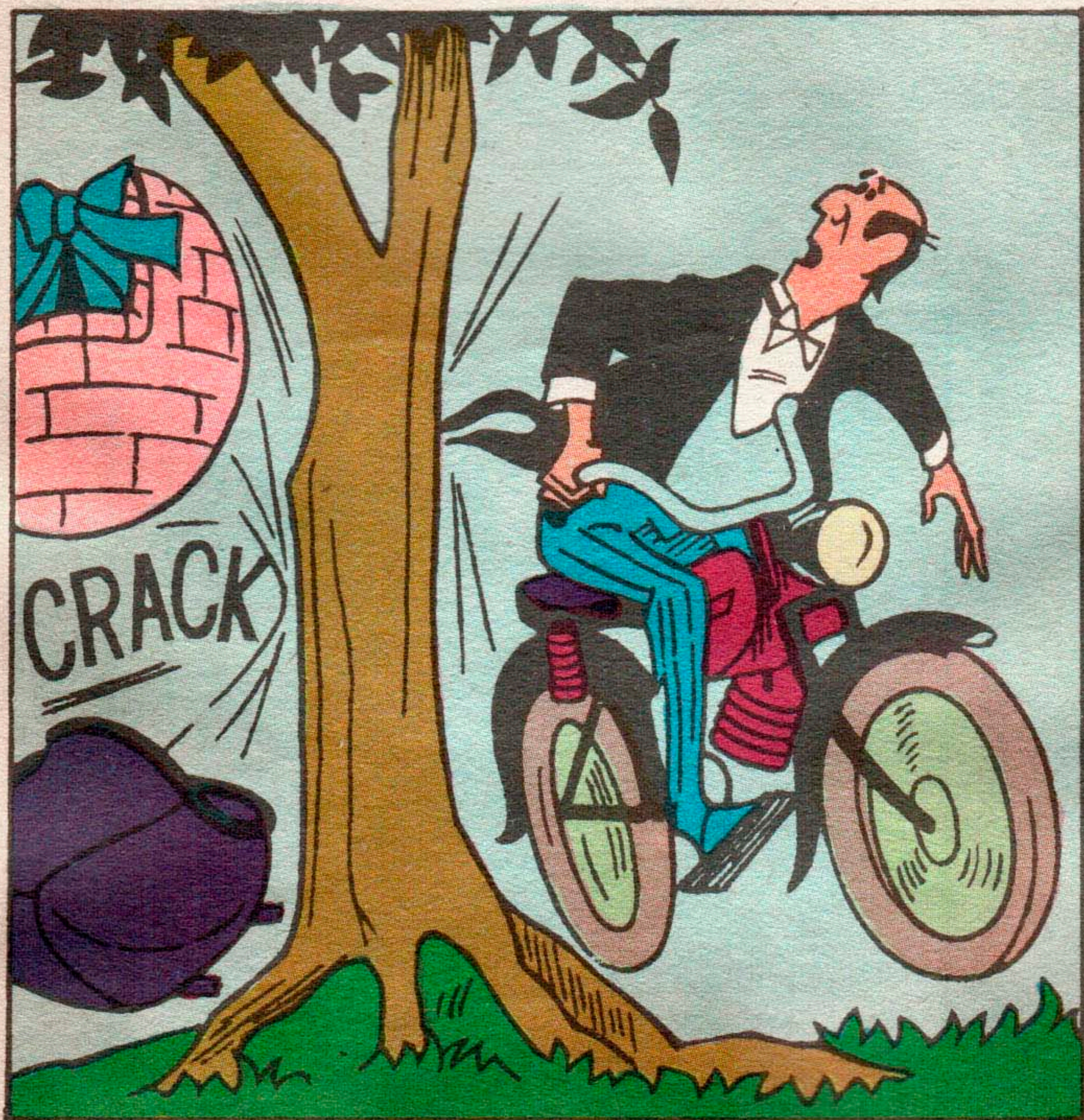
satisfecho?

—¡Ni mucho menos! —contesta Napoleón—. Vamos, no seas perezoso.

El otro obedece y se incorpora, situándose sobre un pequeño puente. Cuando la motocicleta de Edgar se aproxima, Napoleón lanza su grito de carga:

—¡Al ataque! ¡Ya es nuestro!

El mayordomo se asusta y acaba por salirse del camino. Los perros saltan al sidecar, y la canasta donde van los gatos cae de la motocicleta, aterrizando debajo del puente. El hombre, al darse cuenta de que su vehículo está ocupado por dos feroces canes, salta sin pérdida de tiempo utilizando su paraguas como paracaídas. Uno de los canes se apodera del manillar y pretende conducir. Acelera para alejarse de allí lo más rápidamente posible, pero no puede evitar que la moto se estrelle contra un árbol.



La moto, de resultas del impacto, sale disparada por un lado, y el sidecar por otro. El mayordomo, reaccionando, se apodera nuevamente de la motocicleta y huye en dirección a París.

—¡Esos perros están locos! —grita Edgar, mientras acelera—. ¿Cómo se me habrá ocurrido venir por estos lugares? Será mejor que desaparezca sin pérdida de tiempo. Con tanto ruido, se habrá despertado todo el mundo...

Edgar está más nervioso que nunca. Pero procura tranquilizarse pensando que, mal que bien, ha conseguido desembarazarse de los gatitos.

—Lafayette, admitirás que la aventura ha sido excitante —dice Napoleón a su amigo.

—Si tú lo dices —contesta éste, no muy convencido.

Poco después, Duquesa se despierta.



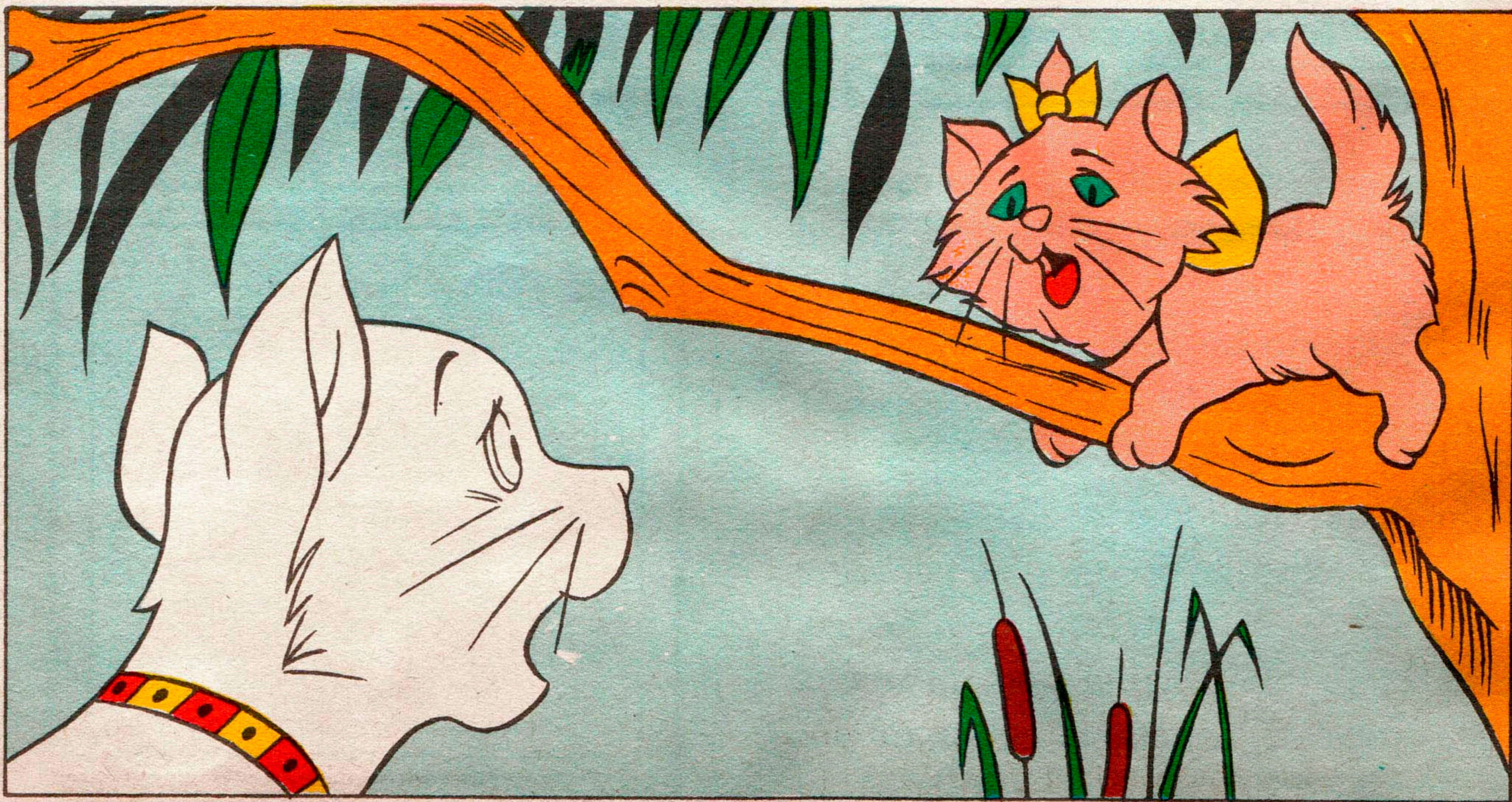
EDGAR UTILIZÓ SU PARAGUAS

No sabe dónde se encuentra ni cómo ha podido llegar hasta allí.

—¡Oh! ¡Qué sueño más terrible! Pero, ¿dónde me hallo? ¿Y mis hijitos queridos? ¡Marie, Berlioz, Toulouse! ¿Dónde estáis?

—¡Aquí estoy, mamá! —se oye la vocecita de Marie.

—¿Estás bien, hijita?



—Creo que he tenido una pesadilla, y que me caí de la cama...

—¡Berlioz!

—¡Sí, mamá, estoy aquí!

—¡Toulouse!

Silencio. Duquesa tiene que repetir la llamada:

—¡Toulouse!

—¡Ya te oigo, mamá! ¿A qué viene tanto grito?

Berlioz está todo mojado, es el que menos suerte ha tenido. Toulouse per-



SE APODERARON DE LA MOTO

maneció en el interior de la canasta mientras la moto se estrellaba contra el árbol.

—He tenido un sueño muy divertido —explica Toulouse—. Soñé que Edgar nos llevaba en una motocicleta...

Sin duda, Toulouse se había despertado justo a tiempo de ver al mayordomo conduciendo la motocicleta. Aun así, pensaba que todo había sido un sueño.

Sin embargo, cuando el gatito, mirando a su alrededor, ve que se encuentran



—¿DÓNDE ESTAMOS? —MUSITA DUQUESA

en un paraje desconocido, empieza a comprender que no ha sido un sueño, ni mucho menos.

—Pienso que..., que Edgar quería hacernos algún mal —dice el gatito, tímidamente.

Los otros se ríen. ¡Qué locura! ¡Edgar es una buena persona!

Mas en seguida comprenden que se encuentran en una situación difícil.

—¿Dónde estamos, mamá? —pregunta Marie, toda asustada.



APARECIERON LOS TRES GATITOS

—No lo sé, hijita. Pero tranquilízate...

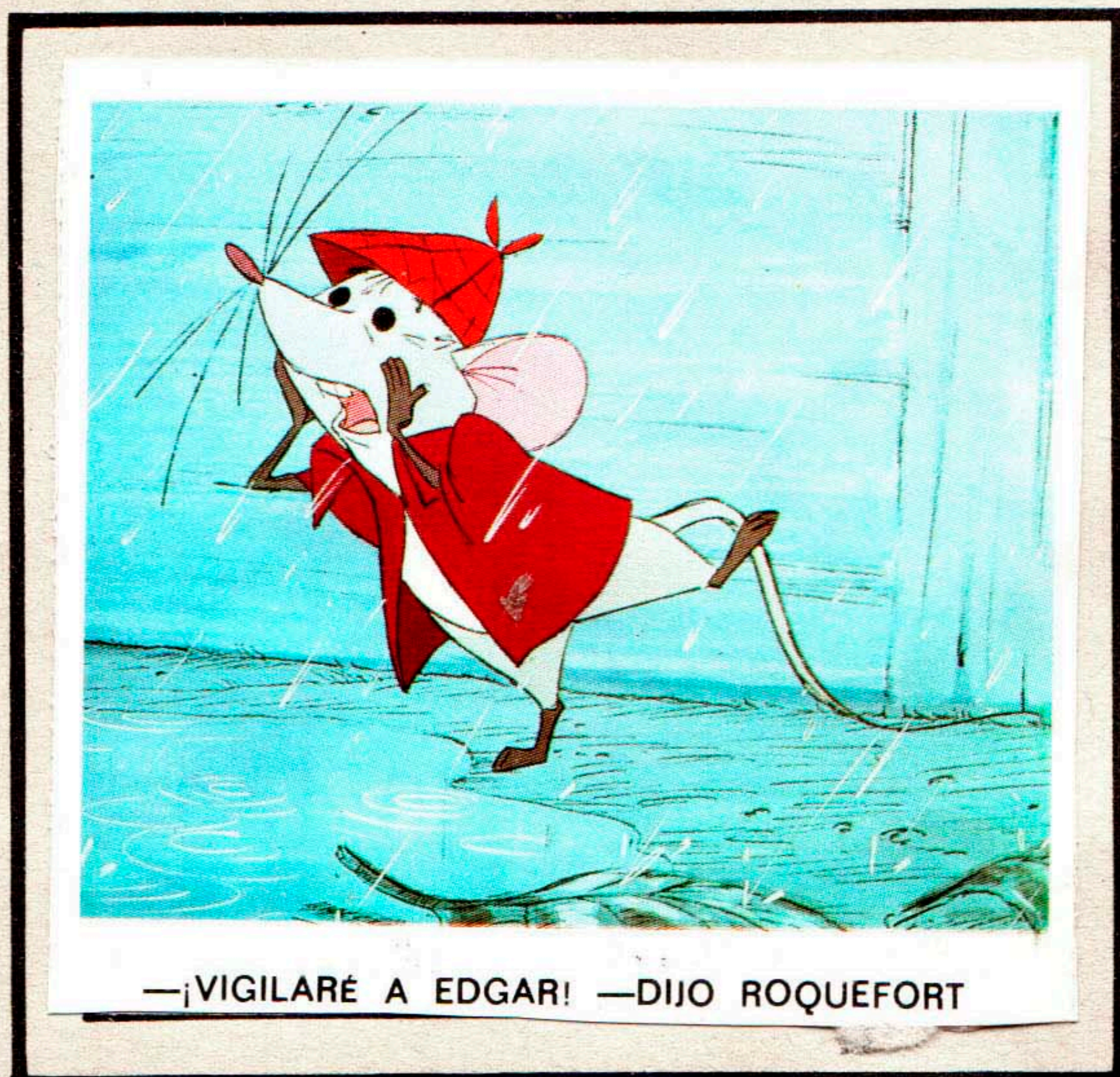
—Estoy asustado —confiesa Berlioz.

—Y no es para menos —murmura, por lo bajo, su hermano Toulouse.

Empiezan a caer gotas de lluvia. Los gatitos, sorprendidos, se apretan contra el cuerpo de su madre.

—¡Está comenzando a llover! —dice Duquesa, extendiendo una patita para comprobar que, en efecto, llovía.

—¿Qué podemos hacer?



—Calma, hijitos... ¡Pronto, metámonos en la canasta hasta que pase el aguacero!

Los tres gatitos se apresuraron a obedecer a su madre. Esta les siguió, y todos se acomodaron lo mejor posible en el interior de la cesta en que habían llegado hasta aquellos parajes desconocidos.

Tan pronto como los felinos entran en la cesta, se desencadena una gran tempestad, con gran aparato de truenos



y relámpagos. Los gatitos no podían por menos de sentirse preocupados.

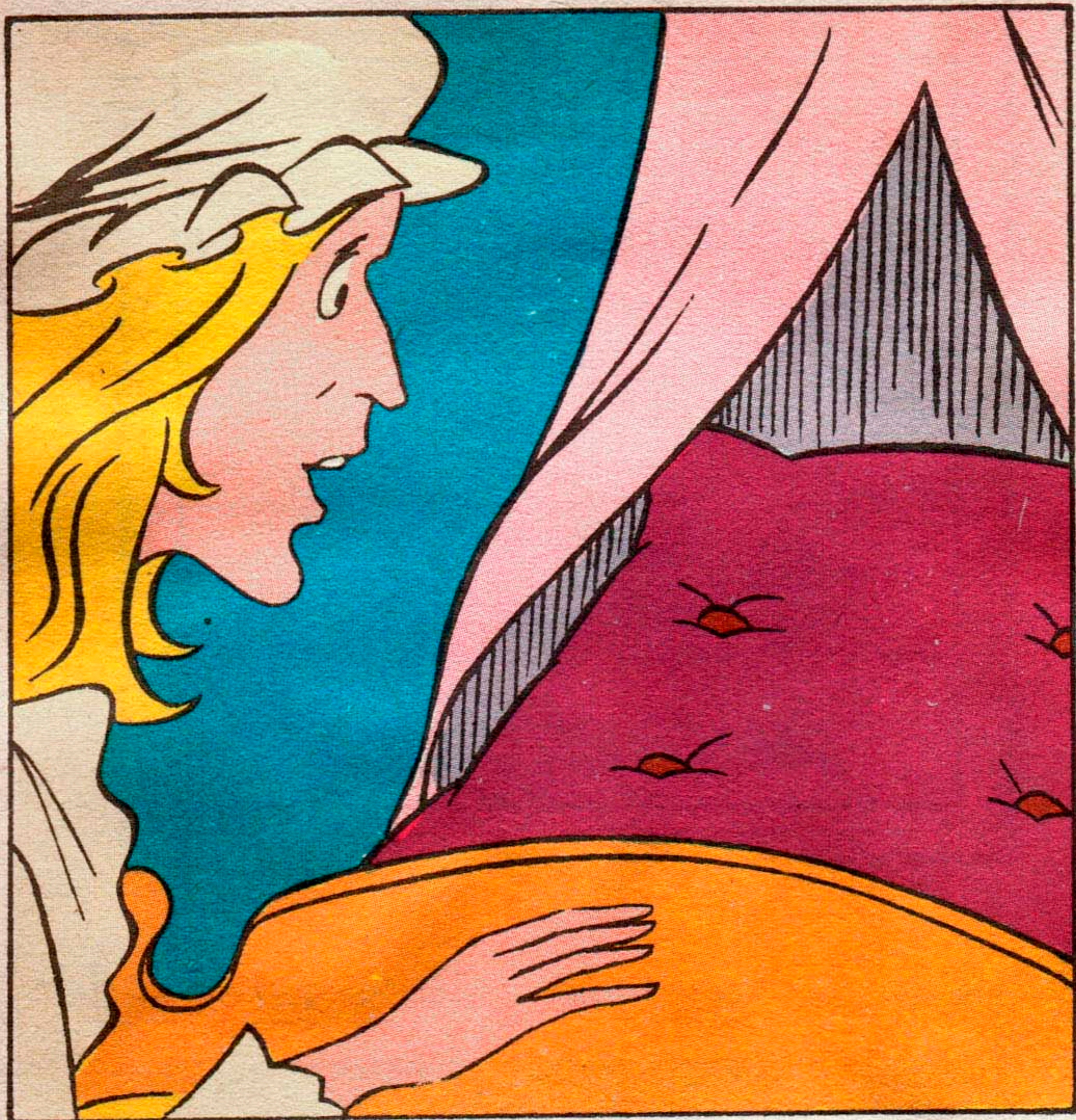
—¡Qué barbaridad! —exclama Berlioz—. ¡Llueve a mares!

—¡A océanos! —corrige Toulouse.

—No exageremos —dice Duquesa, para tranquilizarlos—. No es más que un simple aguacero que pronto pasará.

Duquesa está preocupada. No quiere transmitir su preocupación a sus pequeños, con objeto de no alarmarlos. Pero en su cabecita golpean pensamientos po-





co tranquilizadores. Piensa en madame Adelaide: ¿qué sucederá cuando se entere de la desaparición de sus gatos?

Mientras tanto, en París, el ruido de la tormenta despierta a madame Adelaide. Se sienta sobre la cama.

—¡Oh, he tenido una horrible pesadilla! —murmura—. ¡Duquesa! ¡Toulouse, Berlioz! ¡Marie!

Al no haber respuesta, madame se dirige apresuradamente a donde duermen habitualmente los gatitos.

—¡Oh! ¡No están! ¡Duquesa! ¡Marie! ... ¡Contestadme!

En ese momento, el ratoncito Roquefort se despierta. Presta atención a las idas y venidas de la anciana señora. Oye sus gritos de llamada, reflexiona:

—Duquesa y sus gatitos no están en la casa, esto es evidente. Sin embargo, no pueden estar en el jardín, con esta

tormenta... ¡Aquí hay gato encerrado!

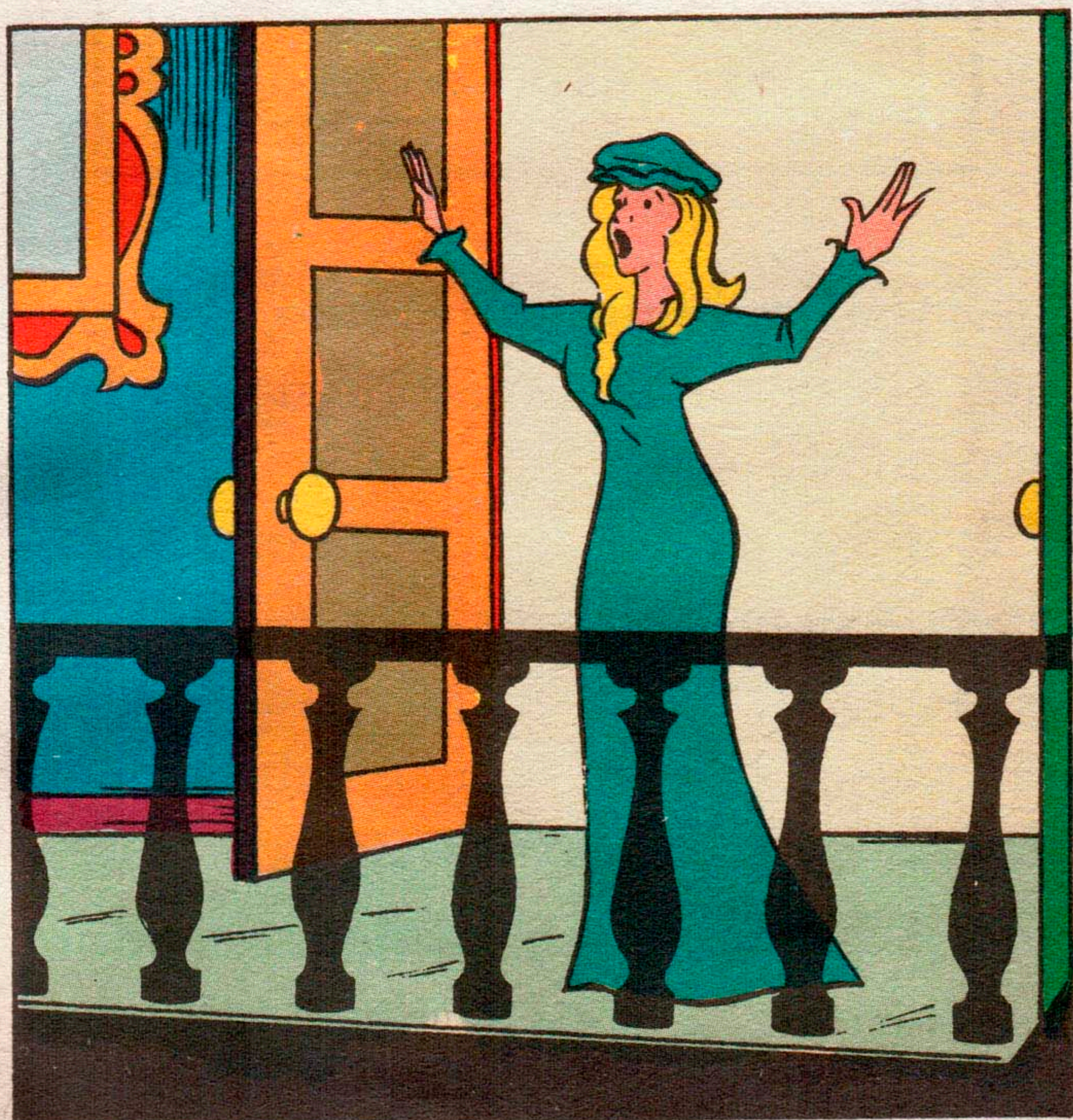
—¡Duquesa! ¡Gatitos! ¿Dónde estáis? —llama la buena señora, desesperadamente.

Sigue buscando. Ni rastro de los felinos.

—¡Es horrible! ¡Con esta tormenta! Sin duda se han ido... ¡En una noche como esta! Les puede pasar cualquier cosa... Ahogarse en un torrente, ser alcanzados por un rayo...

De pronto, madame se desmaya. Es una mujer muy sensible que quiere mucho a sus gatos. La idea de perderlos le ha causado una emoción tan profunda que ha perdido la noción de las cosas...

Roquefort tiene una sospecha: Duquesa y sus hijitos han sido secuestrados, sin duda. El ratón busca en su agujero su uniforme de detective. Lo encuentra en un armario. Vestido de Sherlock Hol-





CRUZARON EL PUENTE

mes, su propósito es llegar al fondo de la cuestión.

—Tengo que encontrarlos, necesitarán ayuda —murmura el ratoncito, mientras da los últimos toques a su detectivesco atavío.

A la mañana siguiente, la tempestad ha pasado ya. El campo cercano a París

aparece tranquilo y apacible. No muy lejos de donde se halla la canasta que contiene a Duquesa y a sus gatitos, deambula un gato vagabundo. Su nombre es O'Malley.

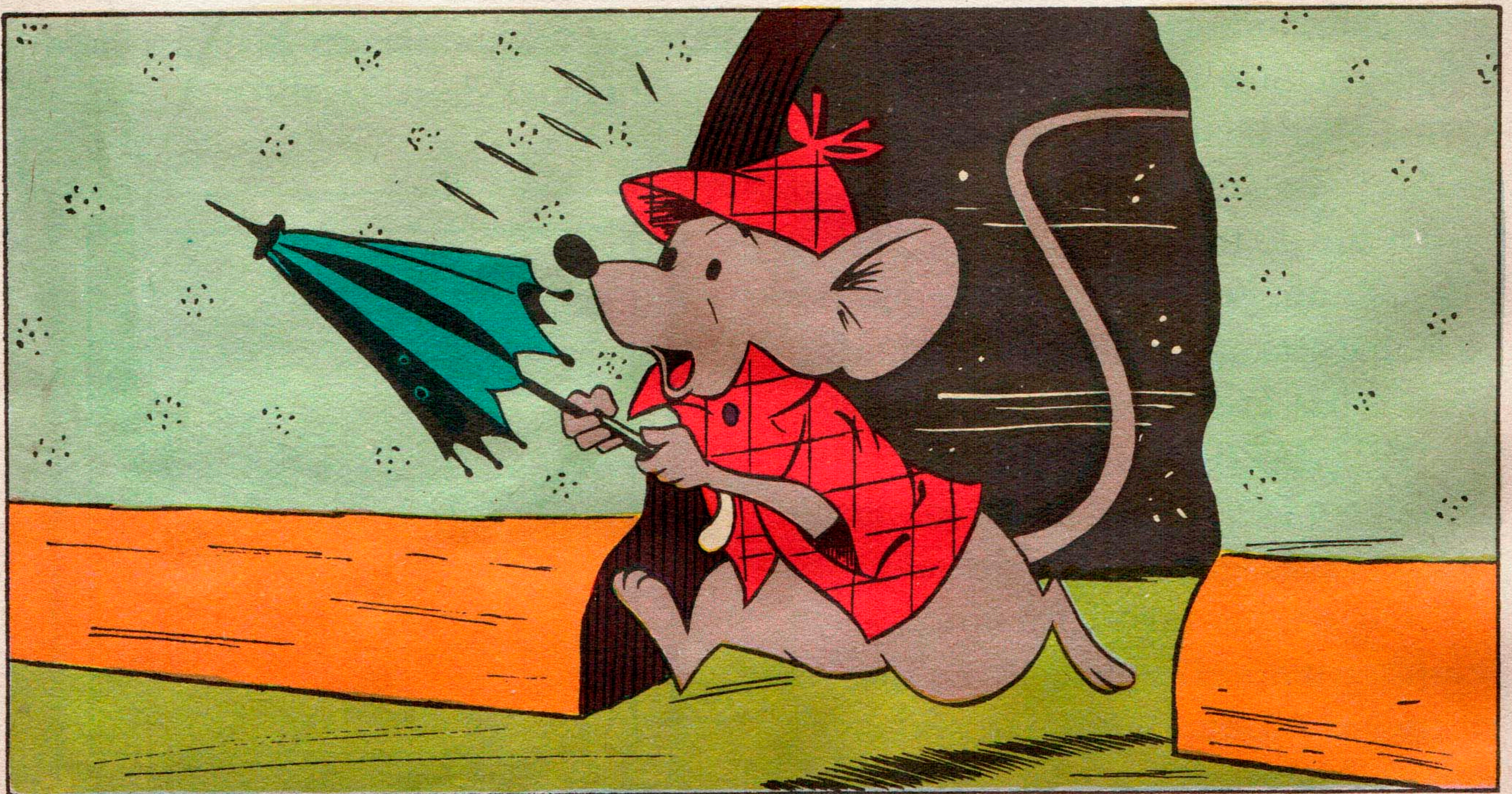
Duquesa, que se ha despertado, mira en torno suyo y dice:

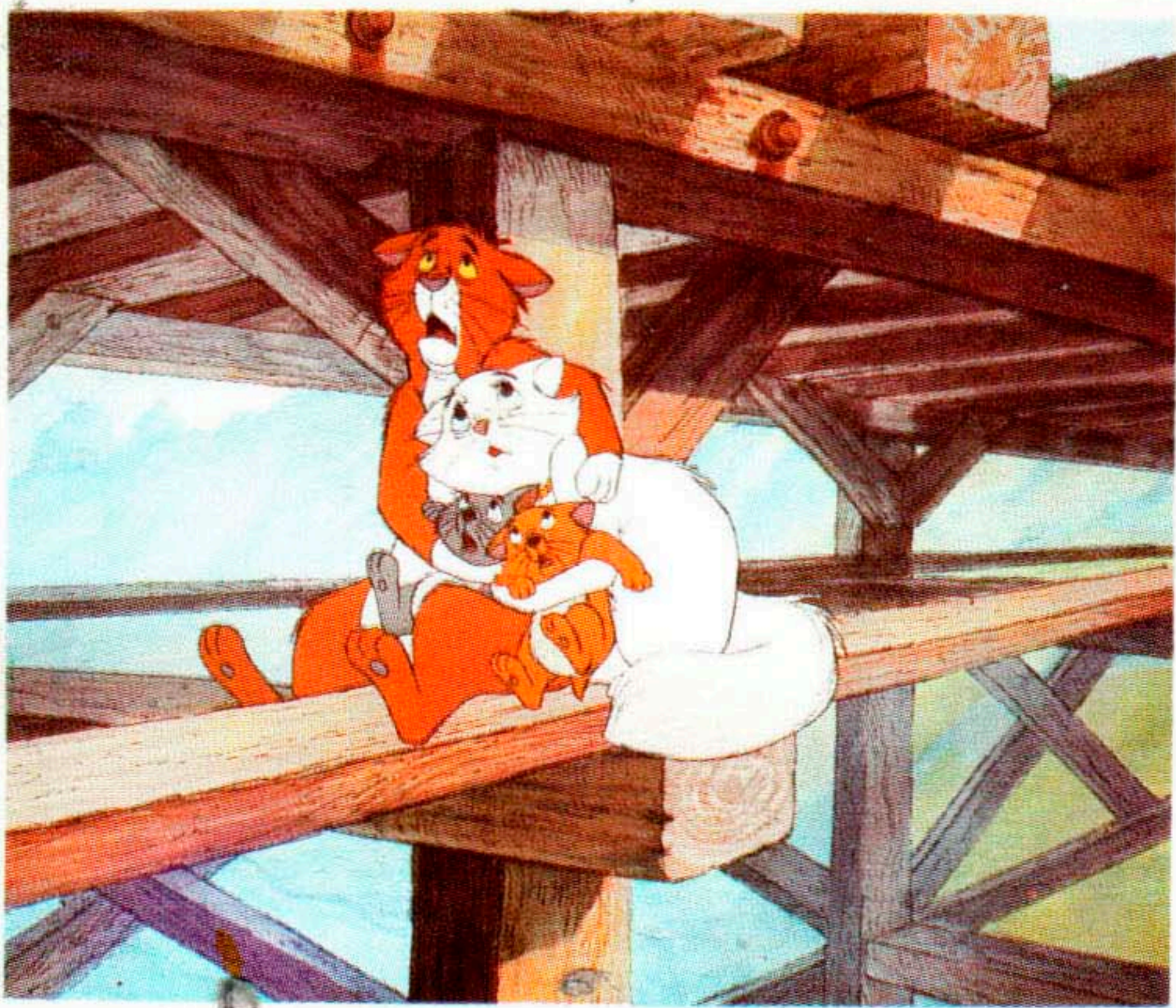
—No era una pesadilla... Estamos lejos de nuestra casa... Afortunadamente, los pequeños están todos bien...

El gato vagabundo no tarda en ver a Duquesa. Se acerca, muy risueño, para presentarse:

—¡Buenos días! Mi nombre es Giuseppe Casey Thomas O'Malley, y soy un gato callejero... Lo que se dice un gato aventurero...

—¡Vaya! —contesta Duquesa, contagiada por el buen humor del recién llegado—. ¡Su nombre parece cubrir toda Europa!





AGUARDARON REALMENTE ASUSTADOS

—Así es, en efecto —contesta O'Malley—. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Duquesa.

—Bonito nombre...

Durante un rato, Duquesa se siente divertida escuchando la amena conversación del gato de mundo.

Por otra parte, se trata de un felino muy romántico y galante.

—Bonito nombre, Duquesa... Y bonita figura... Sois una gata muy linda... Bonitos ojos, bonitas patas...

—Muy romántico, señor O'Malley.

—La luz de tus ojos es como... como el destello de brillantes zafiros, que hacen la mañana más radiante y luminosa...

—Muchas gracias, señor O'Malley.

—¡Bah, no tiene importancia! Una dama como la que tengo ante mí, inspira al gato más ignorante... Escucha...

—¡Oh, no, por favor! En otra ocasión —le interrumpe Duquesa—. Es que en este momento me encuentro realmente en dificultades...

—¿Dificultades? Ayudar a bellas damiselas en peligro es precisamente mi especialidad. ¿Qué te sucede?

—Debo volver a París. Si fueras tan amable de mostrarme el camino, yo te lo agradecería muchísimo...

—¿Enseñarte el camino? Te diré lo que vamos a hacer —dice O'Malley, entusiasmado—. Regresaremos a París en mi alfombra mágica, tú y yo, los dos solos.

Marie, que acaba de despertarse, sale de la canasta.

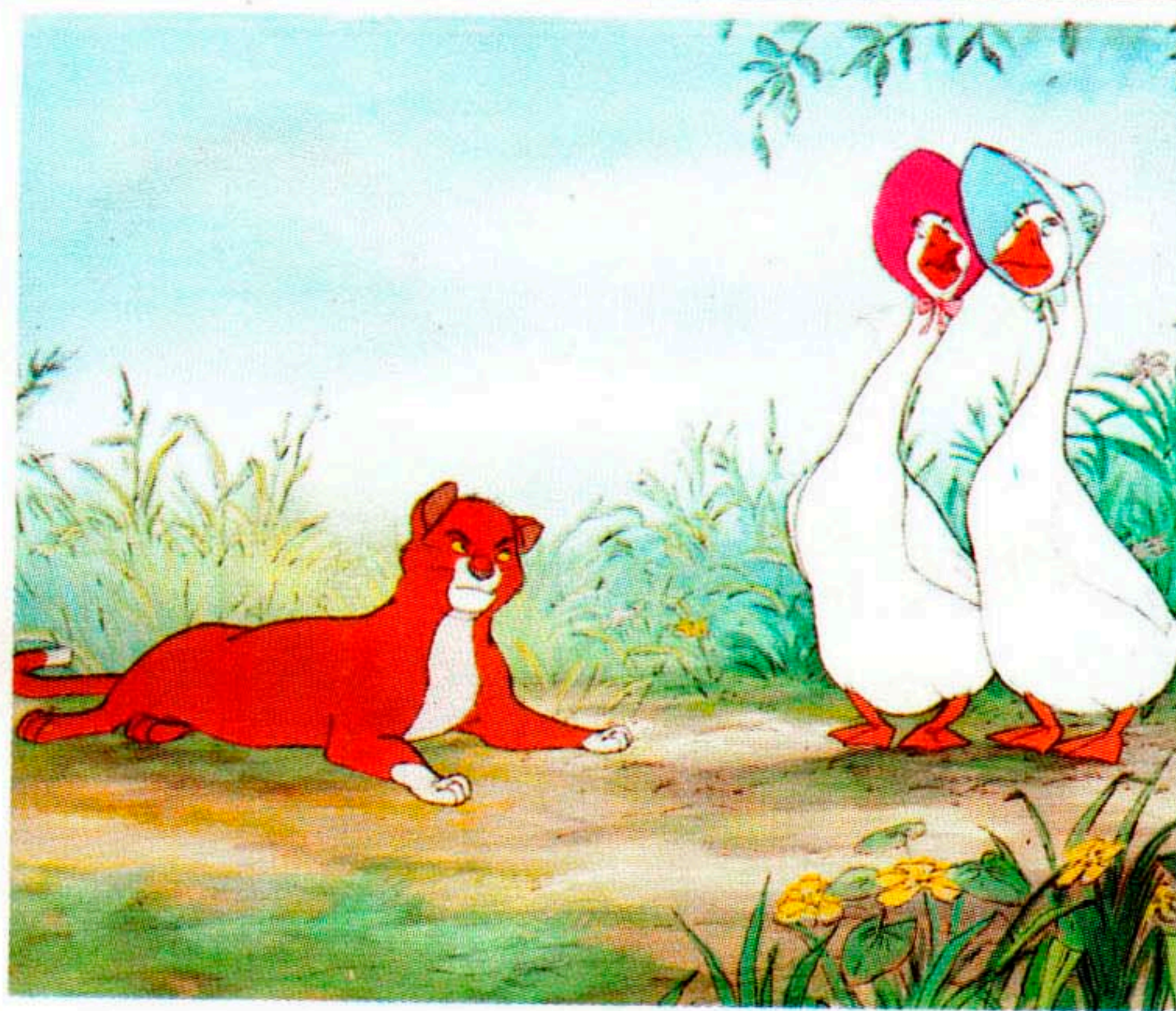
—¡Y yo también! —exclama—. ¡Yo también iré en esa alfombra mágica!

También Toulouse y Berlioz salen de la canasta.

—¡Y yo! —grita Berlioz.

—¡Yo también! —exclama Toulouse.

O'Malley no puede ocultar su sorpresa. Ha estado tratando de conquistar a Duquesa, a quien creía sola en aquellos parajes, y ahora se encuentra con que ha de cuidar de tres gatitos...



LAS HERMANAS GABBLE



AMELIA GABBLE, UNA DE LAS OCAS

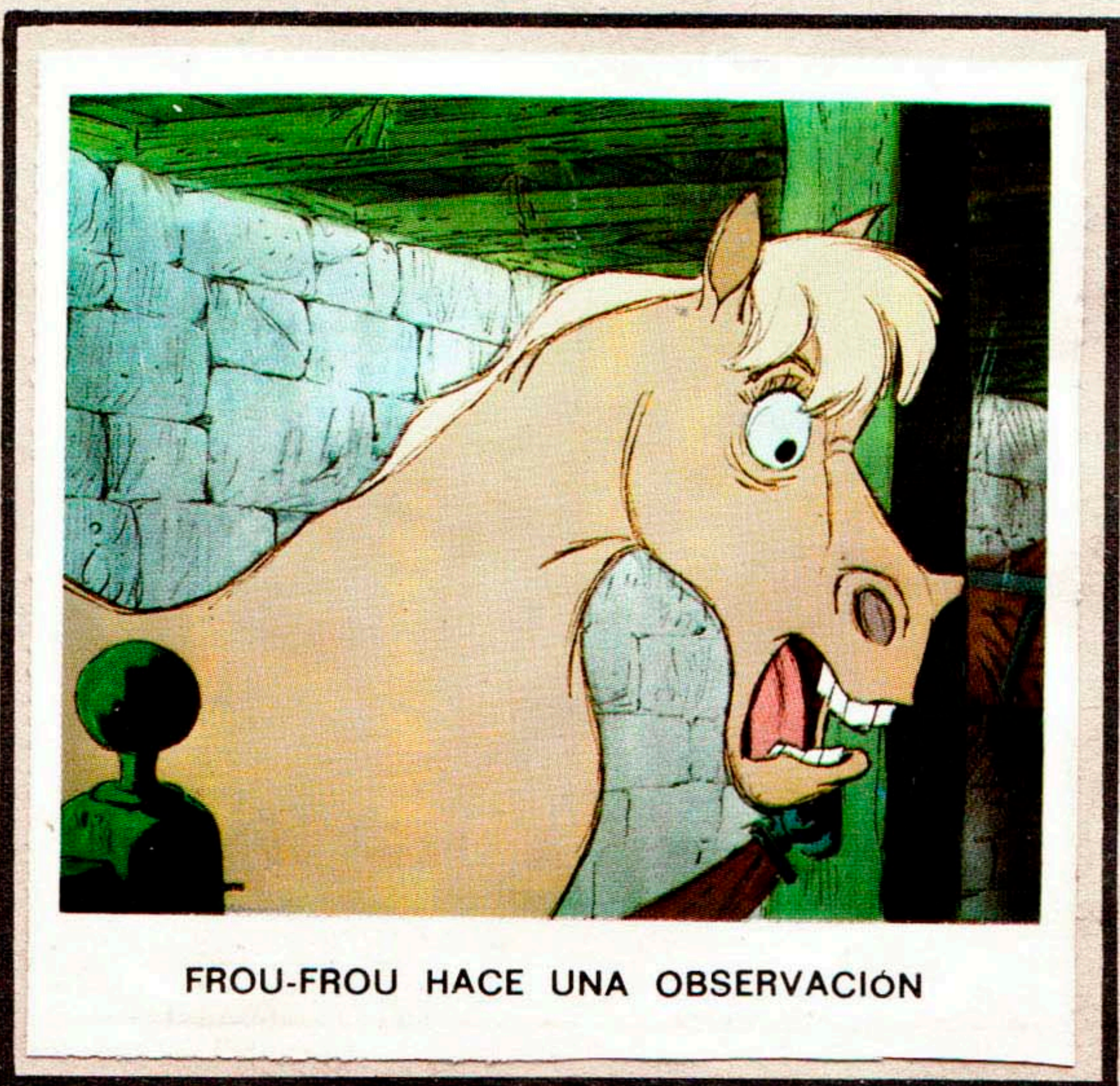
—Estos son mis pequeños —dice Duquesa.

—Muy simpáticos —contesta el gato de mundo, visiblemente turbado.

—Bueno... veréis —dice O'Malley, que trata de retirar su oferta—. La alfombra mágica de que hablo, no puede...

Duquesa entiende lo que el gato quiere insinuar. Sonríe tristemente. No podrá contar con la ayuda de O'Malley.

—No sabía que tuvieras tanta familia, Duquesa... Mi alfombra...



FROU-FROU HACE UNA OBSERVACIÓN

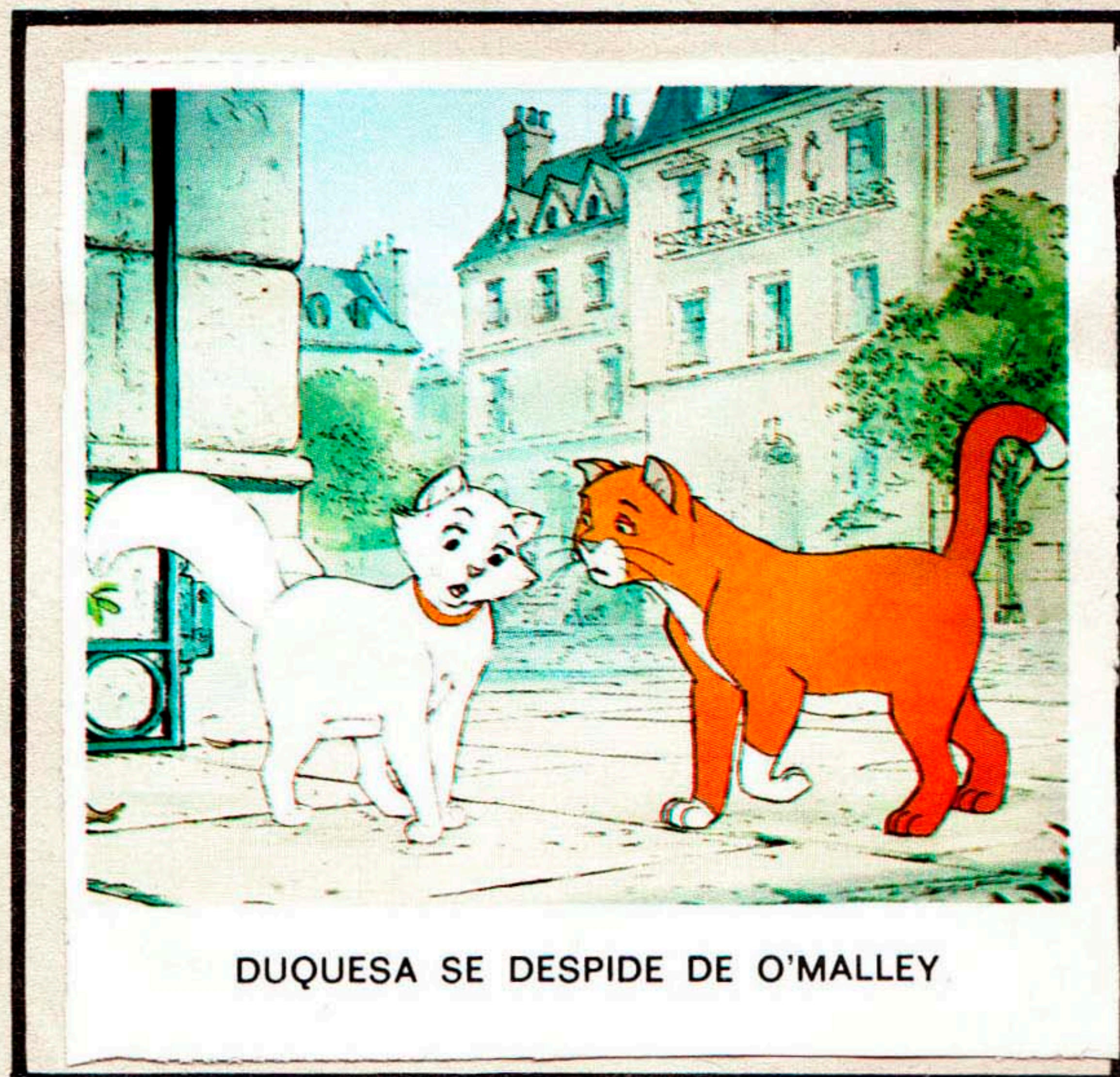
—Entiendo perfectamente —le interrumpe Duquesa—. ¡Vamos, pequeños!

—¡Vamos, mamá! ¡Ya tenemos ganas de llegar a nuestra casa!

—Encontraremos el camino de algún modo, hijitos...

La familia emprende el largo camino hacia París. O'Malley, por un momento indeciso, empieza a sentirse avergonzado por su conducta y decide ayudarles como había prometido.

«O'Malley —se dice a sí mismo—, tú no eres un gato, eres peor que una rata.



DUQUESA SE DESPIDE DE O'MALLEY

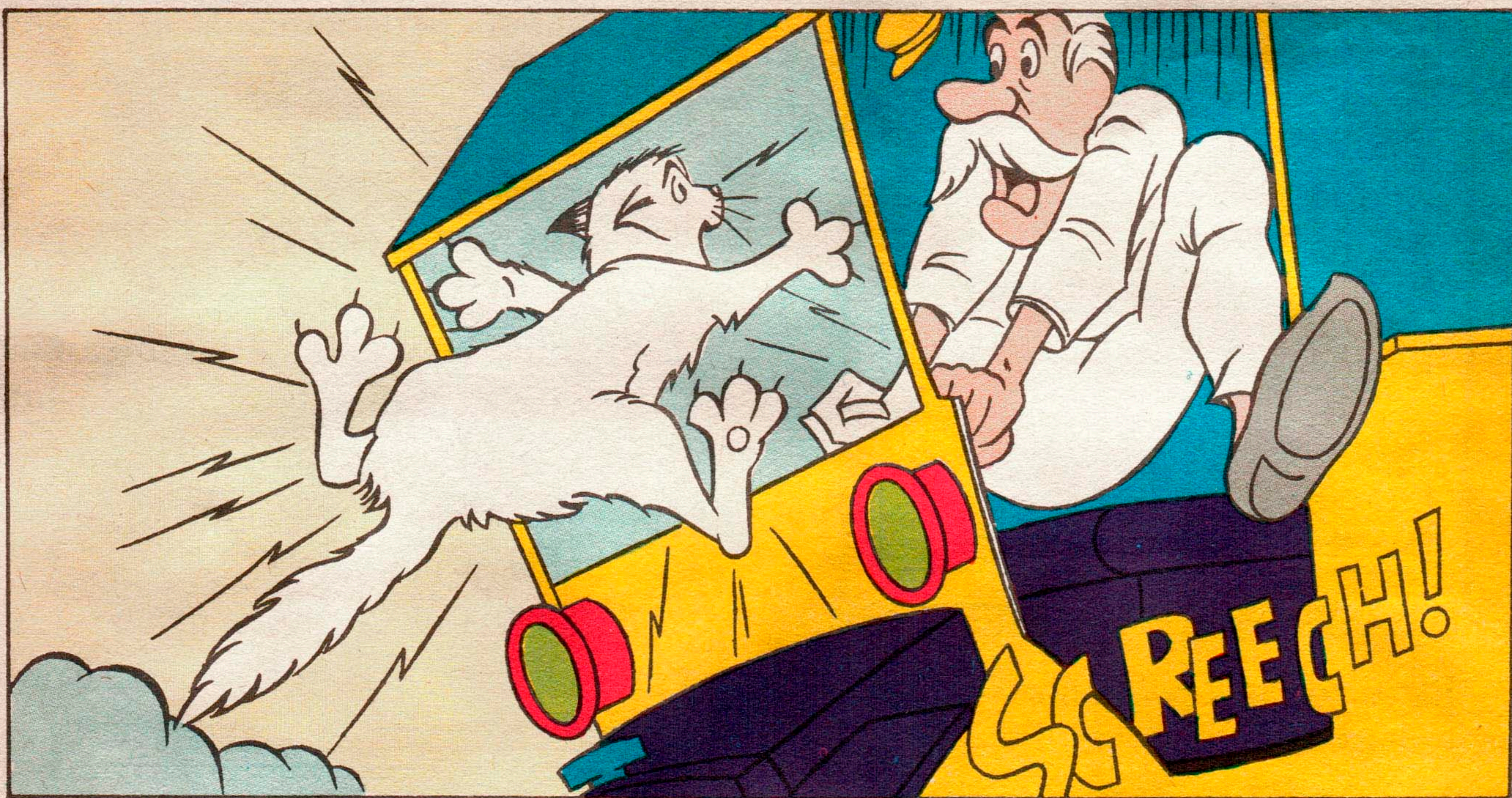
No puedes dejar desamparados a esa familia...»

—¡Un momento! —grita—. ¡Si os prometí alfombra mágica, alfombra mágica tendréis!

—¿De verdad, señor O'Malley? —inquiere Duquesa.

—De verdad. Escondeos tras esos matorrales.

Duquesa y sus gatitos obedecen. O'Malley se sube a un árbol. Un viejo camión de leche se aproxima lentamente.



te. Es un vehículo renqueante. Cuando pasa bajo el árbol, O'Malley, muy decidido, se lanza contra la cabina, tapando la visión al conductor, al que asusta con sus aspavientos. El hombre detiene la marcha del vehículo, momento que aprovecha O'Malley para hacer subir al camión a Duquesa y a sus gatitos.

El conductor consigue poner en mar-

cha nuevamente al camión, que se aleja con los felinos a bordo.

—Su acción fue muy arriesgada, señor O'Malley —dice Duquesa, agradecida—. Muchas gracias por su ayuda. Si no fuese por usted... Pudo haber perdido la vida.

—¡Ah, todavía me quedan algunas de repuesto! —fue la contestación jovial del gato de mundo.

De pronto, un bache hace que Marie caiga del vehículo. Tomándola con los dientes, O'Malley alcanza el camión y devuelve a la gatita sana y salva a su madre, que abraza a su pequeña.

—¡Agárrate fuerte, hija mía! ¡Gracias, señor O'Malley! ¡Es usted un gato extraordinario!

Todo transcurre felizmente hasta que al conductor se le ocurre mirar por el espejo retrovisor y descubre a los gatos.



SE RETIRAN A DESCANSAR

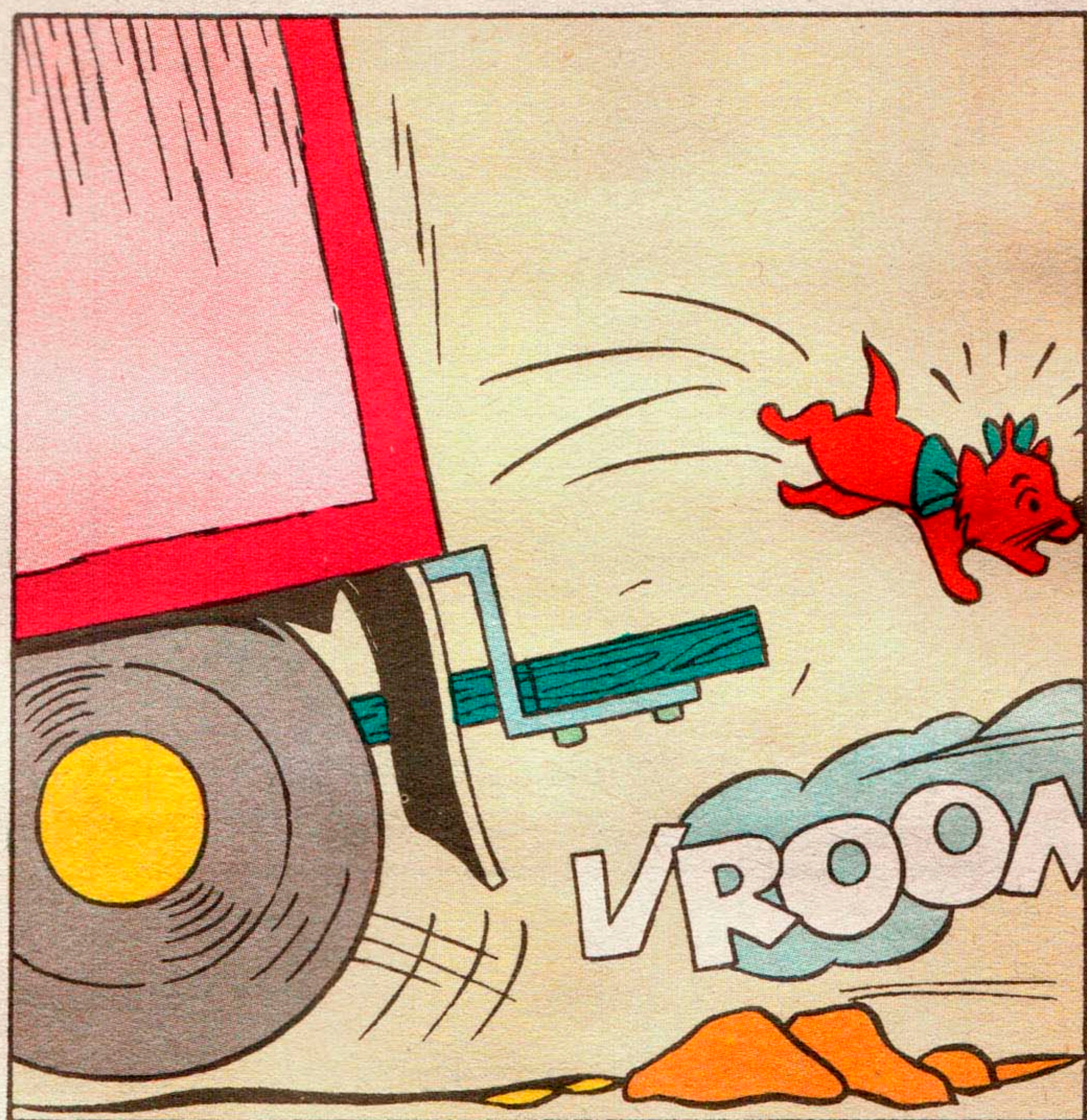
Detiene el camión y se dirige a la parte trasera del mismo, pero los felinos huyen, guiados por O'Malley. El hombre les arroja piedras, que afortunadamente no les alcanzan.

Duquesa está perpleja, nunca había visto a un humano comportarse de aquel modo.

—Algunos hombres son así —aclarar O'Malley—. También es posible que alguien, en vuestra casa, haya querido deshacerse de vosotros.

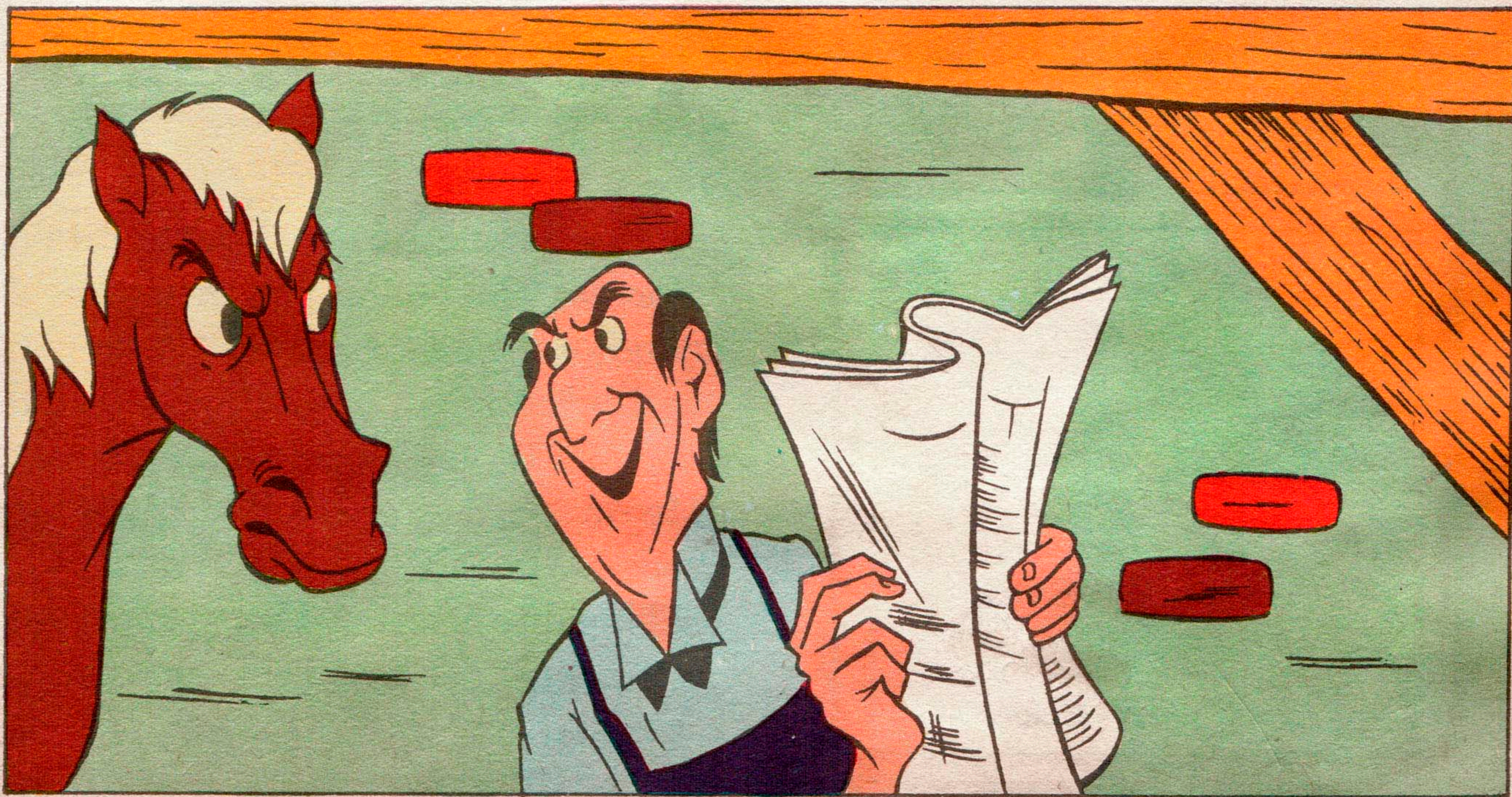
Toulouse está de acuerdo. Insiste en la historia del mayordomo Edgar. Pero Duquesa no le hace caso, ella no piensa mal de este hombre, cree que es un buen amigo.

Mientras tanto, en París, Roquefort prosigue sus investigaciones sobre el secuestro de los gatitos. En primer lugar se dirige a las cocheras para hablar con



Frou-Frou, el caballo, quien se entera así de que Duquesa y sus pequeños han sido secuestrados.

—Yo soy el detective encargado de resolver el caso —dice Roquefort, vestido de Sherlock Holmes.





UN SOLO DE TROMPETA

El ratoncito piensa que el culpable reside en la casa, con lo cual no es difícil componer la relación de sospechosos: Madame Adelaide (ridículo, no puede ser ella), el abogado (imposible, es un hombre decente), el mayordomo (imposible, es demasiado tonto) y él mismo, Roquefort.

Frou-Frou tiene una observación que hacer:

—Yo vi a Edgar entrar en las cocheras. Llevaba una canasta, con la que su-



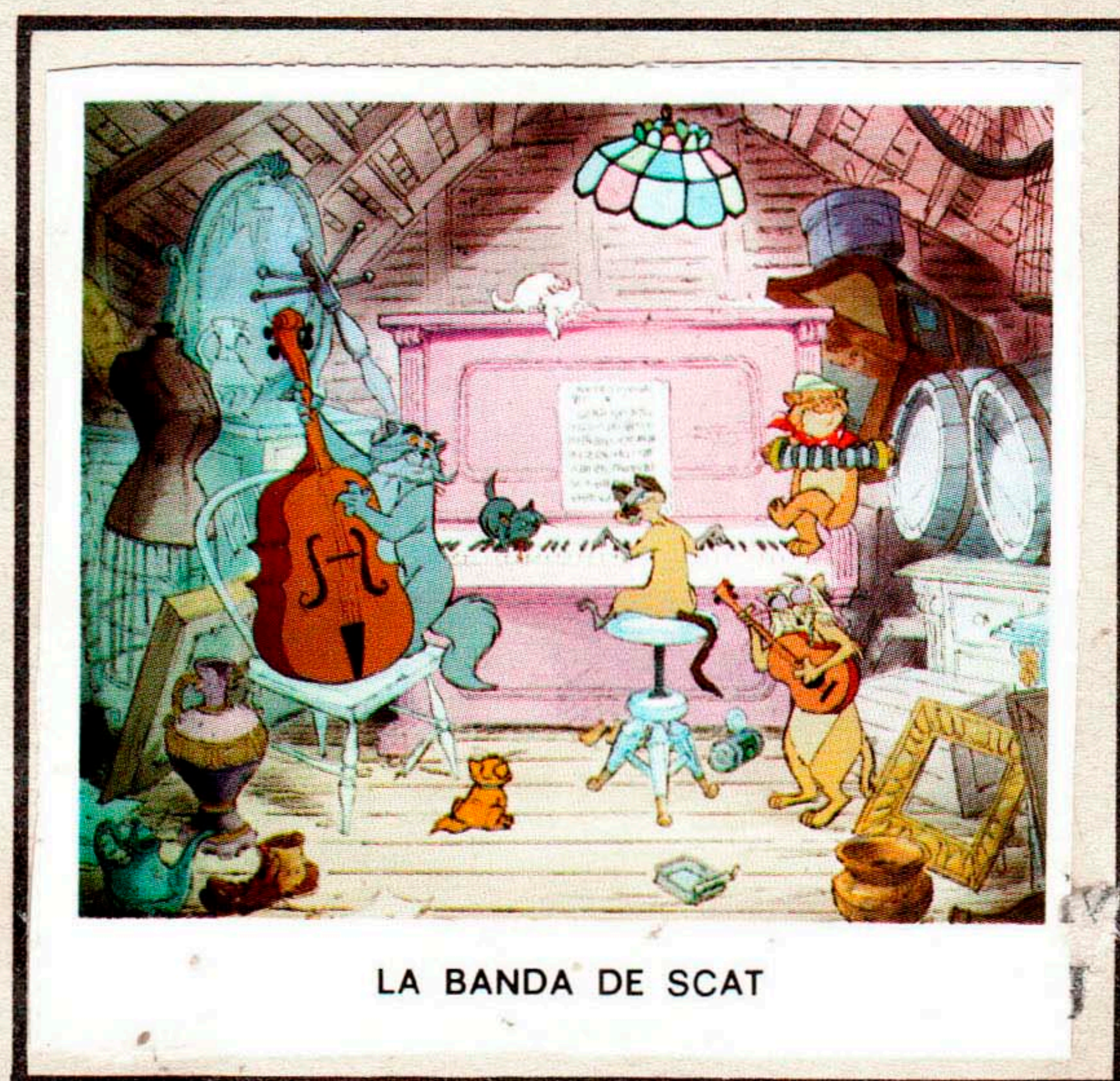
DUQUESA ESTABA ENCANTADA

bió a su motocicleta y desapareció... ¿Es una buena pista?

—Sí, muy buena —murmura Roquefort, interesado—. Vigilaré estrechamente al mayordomo...

En ese preciso instante, Edgar se acerca a las cocheras.

—¡Escóndete, ahí viene el mayordomo! —avisa Frou-Frou. Roquefort se apresura a esconderse. Edgar viene a alimentar al caballo. Parece muy con-



LA BANDA DE SCAT

tento. Y es que ya no se siente un mayordomo, sino un señor, heredero de una gran fortuna.

—¡Buenos días, Frou-Frou! —saluda Edgar—. Te voy a confiar un secreto... ¿Me lo puedes guardar? ¡Claro que puedes! ¡Je, je!

El hombre muestra al caballo los grandes titulares del periódico, que señalan la desaparición de los gatos.

—¡Mira! «Misterioso secuestrador



LOS DIVERTIDOS AMIGOS DE O'MALLEY

rapta familia de gatos»... La policía dice que se trata del trabajo de un genio... ¿No te sientes orgulloso de mí? ¡Gracias, gracias, acepto tus felicitaciones! ¡No esperaba menos!

Roquefort, que escuchaba atentamente las palabras del mayordomo, piensa: «Entonces, es él... Edgar es el secuestrador... No estaría tan contento si yo estuviese en su pellejo...»

—Hoy te daré doble ración —dice Edgar al caballo—. Esto hay que celebrarlo.

De pronto, Edgar se da cuenta de que ha dejado gran cantidad de pistas. Se pone serio, ya no se muestra tan contento. Tras su encuentro con los perros había perdido el sombrero, el paraguas y el sidecar de la motocicleta.

Cuando Edgar sale de las cocheras, Roquefort sale de su escondite y dice a Frou-Frou:

—Seguiré al mayordomo. Pero, ¿cómo?

—Muy fácil —contesta el caballo—. Cuando Edgar se aleje de la casa, lo hará en su moto... Te sugiero que te escondas en ella.

—Buena idea, amigo.

Los gatos vuelven a París a pie. Han llegado a un lugar donde el camino se bifurca. Se detienen indecisos, no saben qué dirección tomar. O'Malley no quiere preguntar a nadie, pero Duquesa es del parecer de que es preciso preguntar al primero que pase.

Caminan un trecho y se encuentran sobre un puente. Siguen indecisos, sin saber qué camino tomar. De pronto, suena el pitido de un tren que se acerca. Las vías retumban.

—¡Pronto, apartémonos! —dice O'Malley.

Pero el tren ya está prácticamente encima. Los gatos se echan a un lado. Marie cae al vacío, abajo le aguardan las gélidas aguas de un caudaloso río.



HACE SONAR LOS PLATILLOS



INTERPRETABAN BELLAS MELODÍAS



DUQUESA Y O'MALLEY, EN EL TEJADO

O'Malley se lanza a salvarla. Lo consigue, y devuelve a la gatita junto a su asustada madre.

—¡Oh, hija mía! ¿Estás bien?

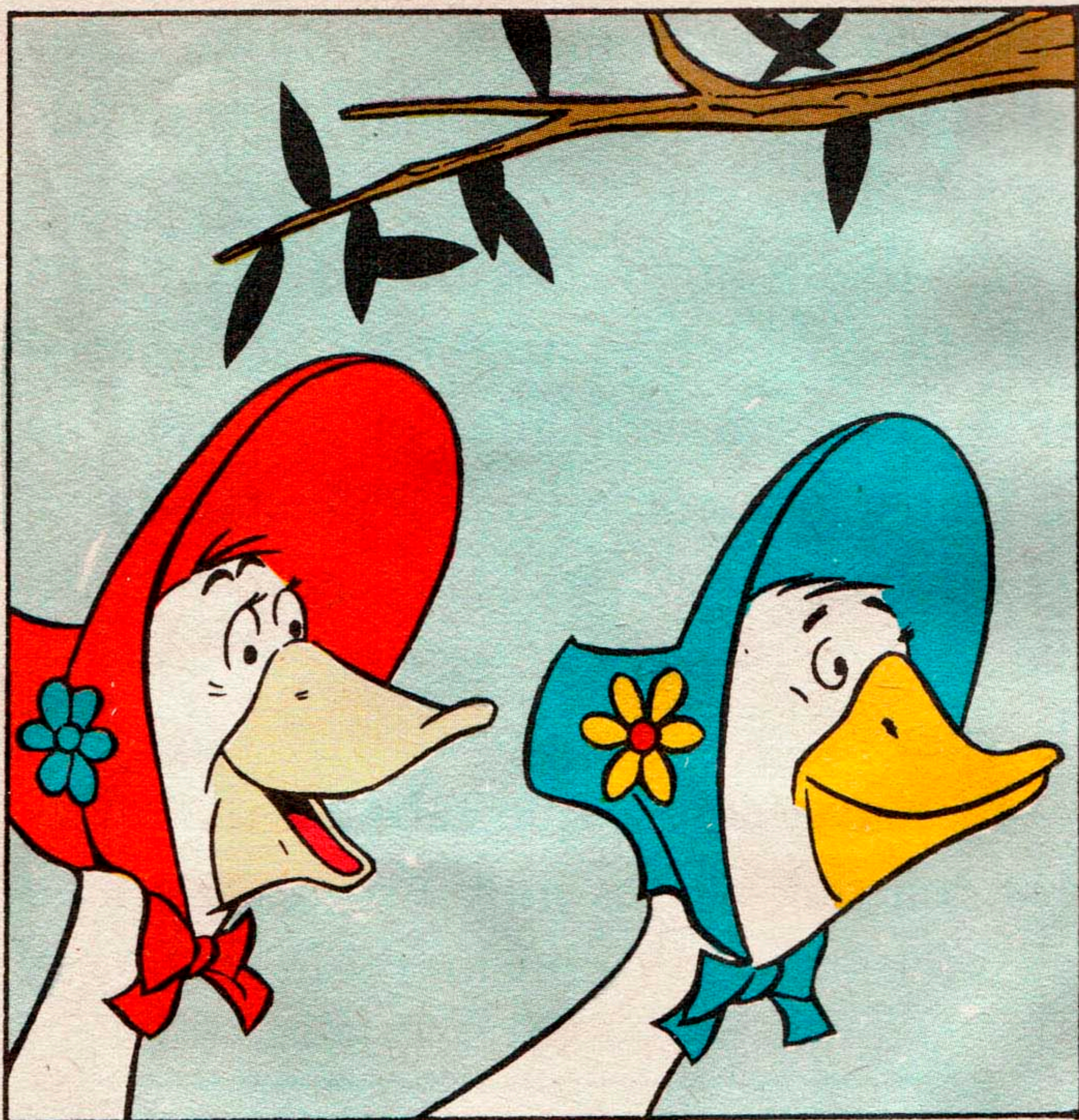
—¡Un poco mojadita! —murmura Marie.

O'Malley, sobre un tronco, está de nuevo luchando contra las aguas. Se afe-

rra a una rama de la orilla, para que no le lleve la corriente.

No lejos de allí, una pareja de ocas inglesas observan los esfuerzos del valiente gato de mundo. Se hallan haciendo una excursión a pie por las regiones más pintorescas de Francia, y casualmente vienen de París.





Se acercan a la orilla, donde O'Malley, sumergido en las aguas y aferrado con la boca a la rama, trata de ponerse a salvo.

—Nunca podrá aprender a nadar con una rama en la boca —le dice una de las ocas.

Hasta que se dan cuenta de los apuros que está pasando el pobre gato. Entre las dos le ponen a salvo.

—Muchas gracias —murmura O'Malley, todo empapado.

Regresan junto a Duquesa y sus gatitos.

—Buenos días —dice una de las ocas—. Yo soy Abigail Gabble, y ésta mi hermana Amelia. Somos gemelas.

—Estamos haciendo turismo —dice Amelia—. ¿Se dirigen a París?

—Esa es nuestra intención —dice Duquesa—. Pero nosotros no conocemos el camino, nos hemos extraviado.

—Eso no es problema —dice Abigail—. Nosotras nos dirigimos a París. ¡Andando!

Mientras caminan, las dos turistas inglesas y los dos gatos mantienen una animada charla. Abigail y su hermana son muy simpáticas.

Al cabo de un rato de marcha, O'Malley se sube a una colina y consigue divisar, allá a lo lejos, la majestuosa silueta de la torre Eiffel.

Las dos ocas se despiden de sus amigos.

—Bueno, ya hemos llegado. Ahora debemos separarnos —dice Abigail—. Si van ustedes a Inglaterra, no dejen de visitarnos.

Se despiden afectuosamente, y los gatos, acompañados por O'Malley, se encaminan hacia el hogar de Duquesa.





EDGAR INTENTA PESCAR SU SOMBRERO

En casa de madame Bonfamille, Edgar entra en las cocheras, donde el ratoncito Roquefort se encuentra escondido en el tubo de escape de la motocicleta. El mayordomo lleva una caña de pescar, y cuenta al caballo Frou-Frou que va en busca de algo que puede comprometerle.

Edgar pone en marcha la motocicleta, con el consiguiente susto de Roquefort, que sale disparado del tubo de escape. El mayordomo desaparece rápidamente



EDGAR ESTÁ MUY CONTENTO

a bordo de su vehículo. Se dirige hacia el campo, concretamente al lugar donde se estrellara con su moto.

En dicho lugar, dos perros, Napoleón y Lafayette, dormitan junto a un montón de heno. Napoleón luce el sombrero de Edgar y está cómodamente instalado en el sidecar, con el paraguas como sombrilla. Lafayette, por su parte, se halla en la canasta de los gatos.

El mayordomo, que sabe ha de vérselas con dos perros muy astutos, detiene su motocicleta a considerable distancia



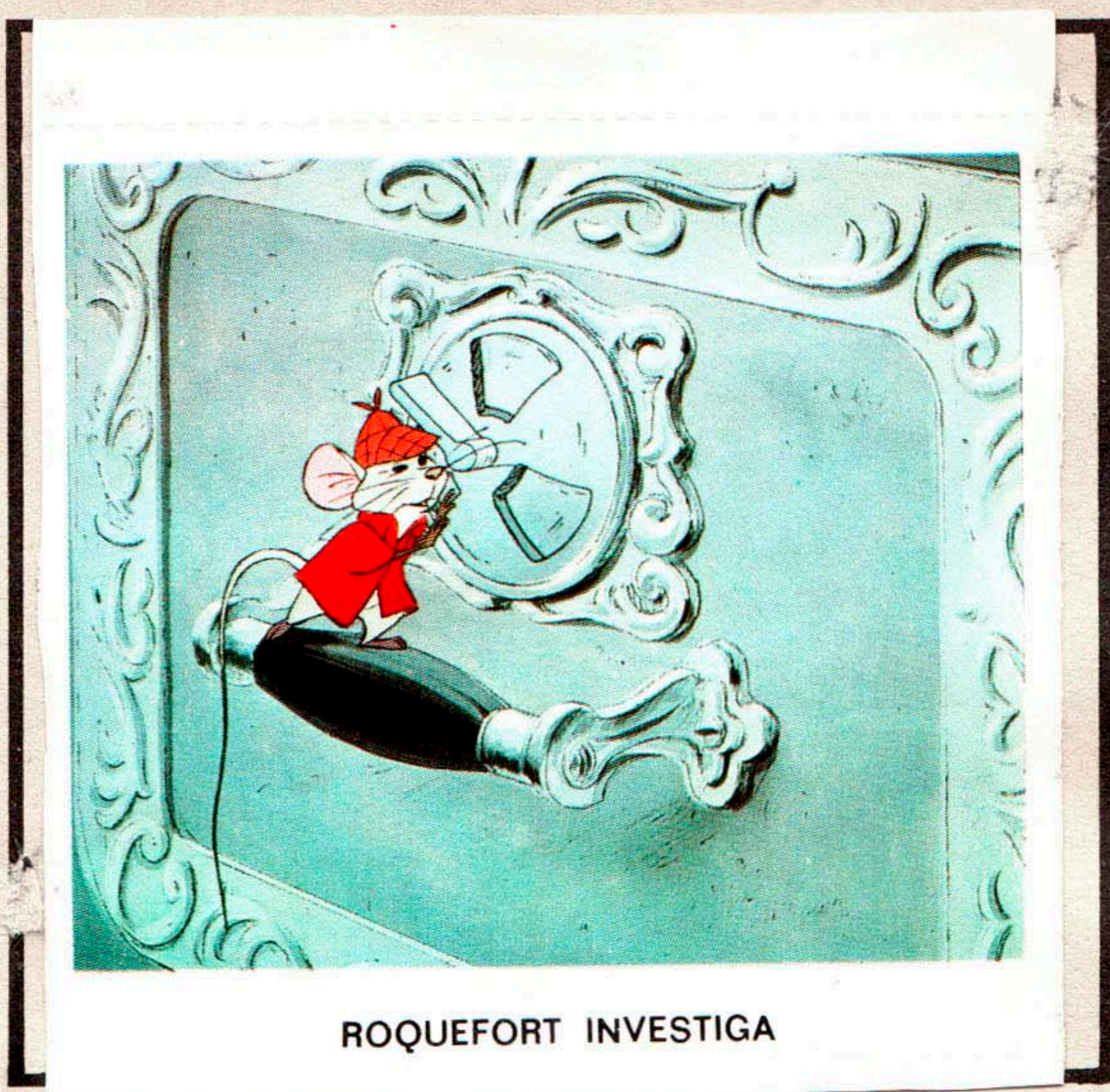
EDGAR METIÓ A LOS GATOS EN UN SACO

de los canes, acercándose sigilosamente de puntillas para no llamar su atención. Pero no puede evitar que sus zapatos hagan ruido. Napoleón se sobresalta.

—¿Oyes, compañero?

—No oigo nada —dice Lafayette—. Será el viento...

Los dos canes vuelven a dormitar. Edgar se esconde tras un montón de heno y trata de pescar su sombrero con la caña. Tras varios intentos, consigue



que el sombrero caiga sobre la cabeza de Lafayette. Napoleón se despierta y le arrebató el sombrero.

—¿Por qué me quitas el sombrero?

—¡Yo no te lo he quitado! —protesta el perplejo Lafayette. Los perros vuelven a dormirse, y Edgar, por fin, consigue recuperar el sombrero y el paraguas. Con mucho cuidado, logra pescar la canasta. Lafayette se desliza fuera sin despertarse. Pero Napoleón abre los ojos. Se da cuenta de que le han desaparecido el sombrero y el paraguas.

—Aquí debe haber un ladrón —murmura.

Los dos canes olfatean por los alrededores. Edgar, emboscado en el interior del montón de heno, se apodera igualmente del sidecar. Cuando los dos perros quieren reaccionar, ya Edgar, dentro de su montón de paja, corre por el sendero. Le persiguen, pero el mayordomo consigue alcanzar su motocicleta y huir en dirección a París. Los dos canes se miran sorprendidos y frustrados.

Es noche cerrada cuando Duquesa y sus gatitos llegan a París. Están todos muy cansados, especialmente los gatitos, y O'Malley sugiere que, antes de dirigirse a su casa, descansen en un lugar que él conoce. Duquesa acepta.

—No se trata del Ritz, precisamente —dice O'Malley—. Pero podréis descansar. Es un sitio tranquilo.

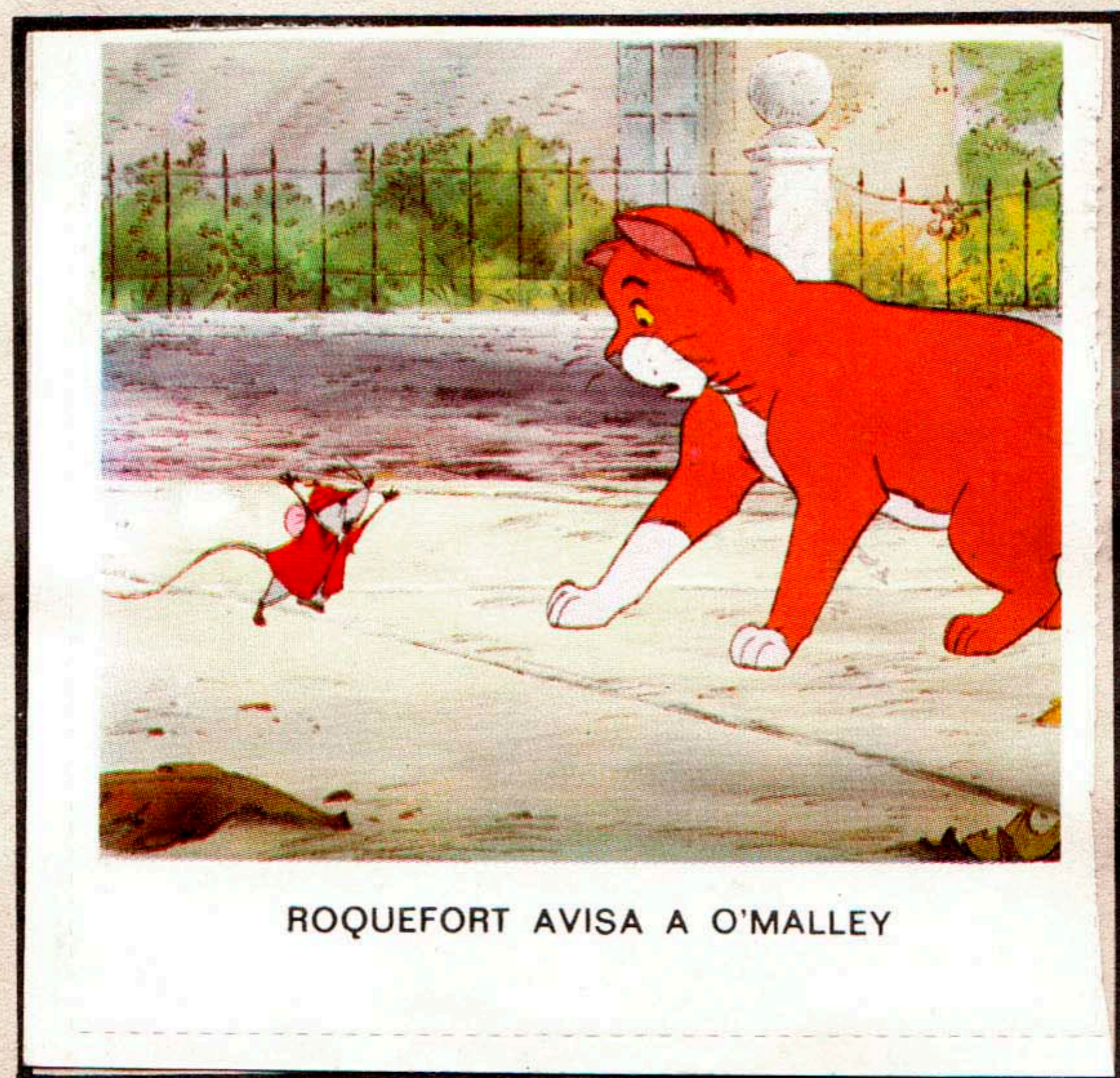
Poco después llegan a un desván abandonado, donde, en ese momento, se encuentran practicando el gato Scat y su banda de música. O'Malley presenta a Duquesa a sus amigos.

—¡Oh, qué música tan excitante, tan diferente! —dice Duquesa.

—¿Habéis oído, muchachos? —dice Scat—. ¡Bueno, ofrezcamos a la dama el homenaje de una pequeña serenata!

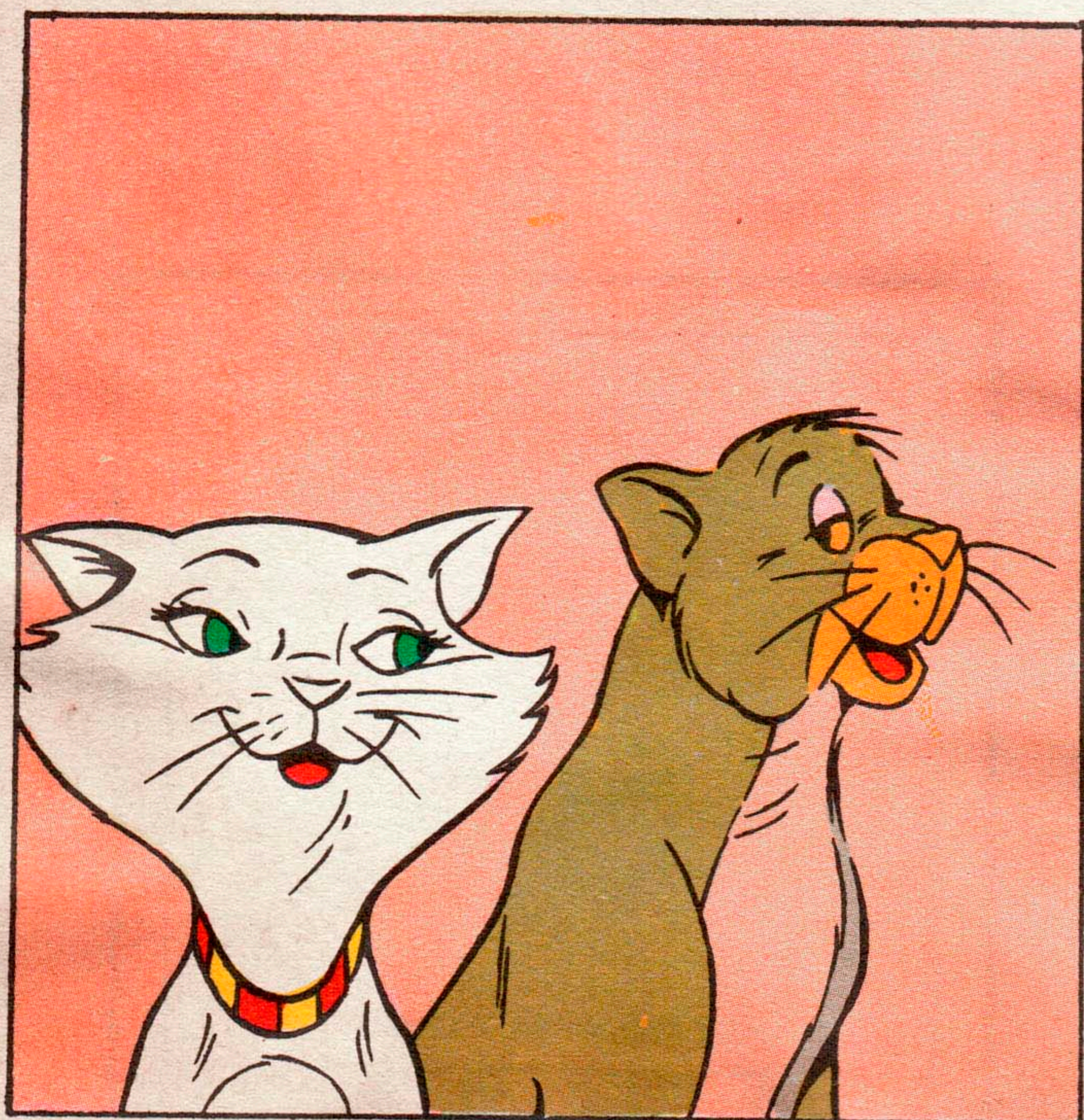
La banda reanuda sus interpretaciones musicales, y Duquesa siente que se le disipa el cansancio.

—¡Tus amigos son muy simpáticos! —dice a O'Malley.





Cuando los gatos músicos se van, Duquesa acomoda a sus pequeños para que duerman. Luego, se reúne con O'Malley en el tejado de la casa. O'Malley, muy tierno, pide a Duquesa que comparta su



vida, pero la gata responde que no puede abandonar a madame Bonfamille. El gato de mundo se siente un poco triste y desilusionado. Duquesa y sus gatitos han calado muy hondo dentro de él, y la idea de tener que separarse de ellos no le complace en absoluto. Pero, como buen aventurero que es, también sabe perder.

A la mañana siguiente, en la cochera, el caballo Frou-Frou le dice a Roquefort, que acaba de despertar:

—Ya es tarde... Edgar ha regresado ya del campo.

—Creo que Edgar sospecha que yo sospecho de él —dice Roquefort, y se dirige hacia la casa para vigilar al mayordomo. Lo encuentra en su habitación, brindando por su futuro con el vino de madame. Al entrar Roquefort, el mayordomo abre una botella y el corcho va



a dar en plena cabeza del ratón. Roquefort se alarma, porque ve correr un líquido rojo que, en principio, piensa que es su propia sangre. Hasta que se da cuenta de que el líquido es Borgoña, y no sangre...

—Edgar, ya puedes considerarte un aristócrata —murmura el mayordomo.

En ese momento, Duquesa y los gatitos llegan ante la puerta de la casa. Maullan para que Edgar acuda a abrirles. Roquefort musita:

—Tengo que advertirles...

Se le ocurre una idea. Ata los cordones de los zapatos de Edgar mientras éste come una tostada. Edgar, que también ha oído a los gatos, sale corriendo..., y no puede evitar darse un buen golpe contra el duro suelo.

Fuera, Duquesa y sus gatitos se despiden de O'Malley.

Edgar consigue al fin desatarse los cordones y sale a la puerta, fingiendo alegría por la vuelta de los felinos.

Madame, grita:

—¡Edgar! ¡Son mis gatitos, que vuelven!





ROQUEFORT SE LLEVÓ UN BUEN SUSTO

El mayordomo abre la puerta, pero antes se ha apoderado de un saco en el que mete de nuevo a los gatos. Roquefort se ha dado cuenta de la maniobra, pero no puede hacer nada. El mayordomo esconde el saco justo en el momento en que madame entra en la habitación.

—No eran los gatos, madame —dice Edgar.

—¡Estoy segura de haberlos oído! —exclama Adelaide.

Madame acaba por creer que su imaginación le ha jugado una mala pasada. Desde su encierro, Duquesa pide a Roquefort que avise a O'Malley, es el único que puede salvarles. Roquefort obedece, saliendo rápidamente en busca del gato, a quien no tarda en encontrar. Roquefort le cuenta lo sucedido.

—¿Duquesa y sus gatitos están en peligro? —dice O'Malley—. Necesitaremos ayuda. ¡Corre en busca de Scat y su banda! ¡Diles que te envía O'Malley!

Roquefort no tarda en encontrar a Scat, pero está tan asustado de ver tanto gato junto que, por un momento, no recuerda el nombre de O'Malley. Cuando consigue recordarlo, todos juntos salen en su ayuda.

Mientras tanto, en casa de madame Bonfamille, Edgar lleva el saco que contiene a Duquesa y a los gatitos a las cocheras y mete a los felinos en un baúl que debe enviar a Timbuctú, nada menos que en el Africa Ecuatorial Francesa. O'Malley trata de oponerse, se desarrolla una pequeña escaramuza. Al fin, Edgar inmoviliza al gato con un tridente. Edgar ha avisado ya a la compañía de transportes para que se lleve el baúl. Abre la puerta, todo jovial, saboreando la victoria por anticipado, y... ¡lo que se le viene encima! ¡Nada más y nada menos que una multitud de gatos, que le impiden sacar el baúl!

—¡Largo, granujas! —grita, fuera de sí.



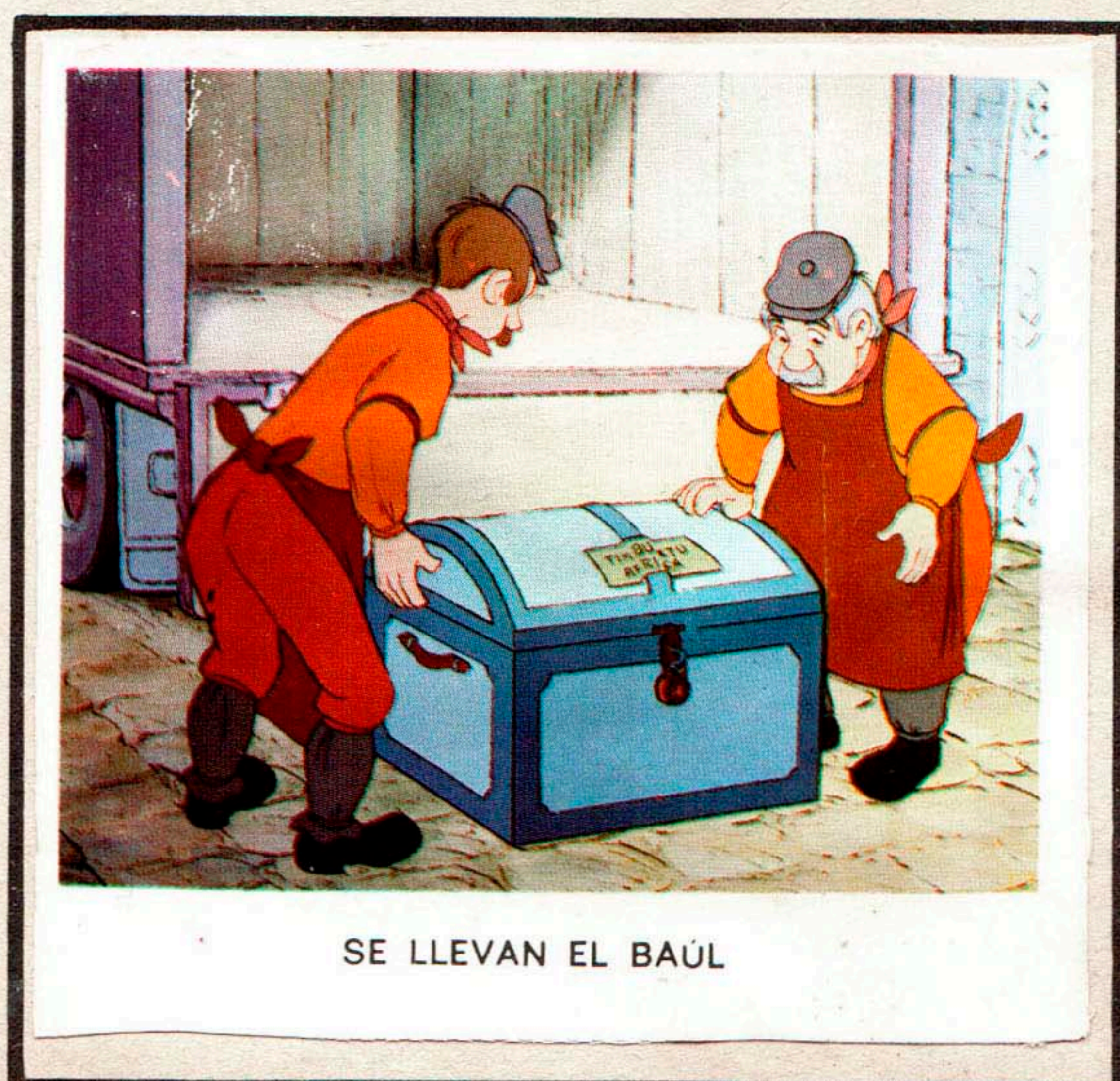
ATRAPÓ A O'MALLEY CON UN TRIDENTE



Uno de los gatos abre la cerradura del baúl.

—¡Vamos, Duquesa, gatitos, salid de ahí!

No bien han salido de su encierro Duquesa y sus pequeños, cuando el caballo Frou-Frou, empujando violentamente al mayordomo, logra hacerlo caer dentro del baúl. La tapa se cierra por sí sola, y los gatos saltan y se abrazan jubilosos. A poco llegan los hombres de la compañía



de transportes, que toman el baúl, lo suben en su vehículo y se alejan rápidamente.

No tarda el camión en pasar junto a los dominios de Napoleón y Lafayette. Un bache del camino hace que la tapa del baúl se abra. Edgar se dispone a saltar fuera, pero ve a los perros que siguen al camión y desiste, acurrucándose de nuevo en el interior del baúl.

—¡Maldición! —murmura Edgar—.



¡Perros, gatos...! ¡No tendré más remedio que emigrar forzosamente a Timbuctú!

En la mansión de madame Adelaide Bonfamille, ésta le dice a su abogado, en presencia de todos los gatos:

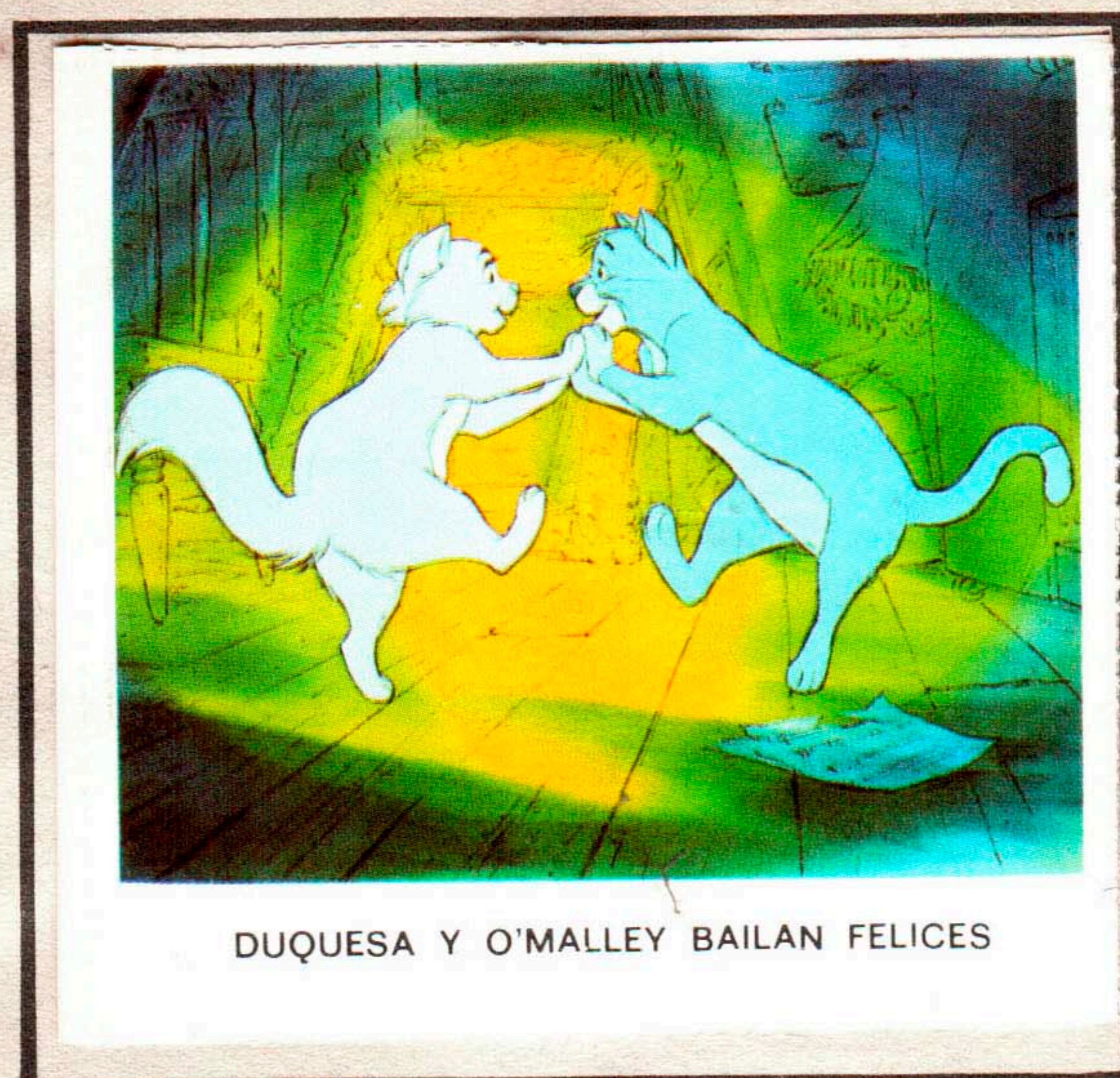
—Deseo hacer unos cambios en el testamento.

—¿Qué cambios, madame?

—Se trata del comienzo de las actividades de mi fundación.



UNOS PASOS DE BAILE



DUQUESA Y O'MALLEY BAILAN FELICES

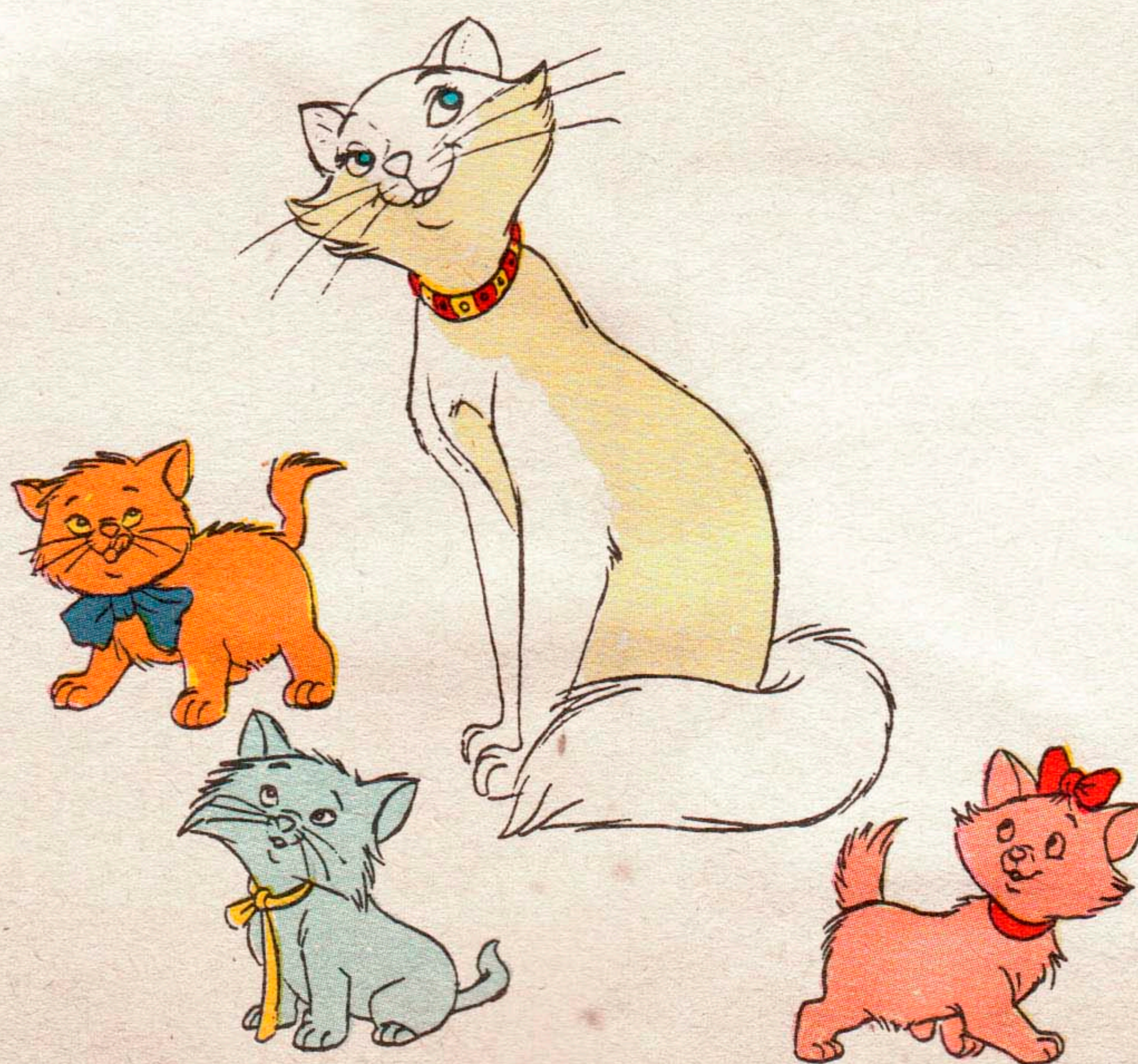
—¿Qué fundación, Adelaide?

—¡Un hogar para todos los gatos callejeros de París!

O'Malley pertenece ya a la familia, y se siente el gato más feliz del mundo.

De pronto se deja oír una música pegadiza: es el conjunto de Scat. Madame,

el abogado, Duquesa, sus gatitos y O'Malley, desde la ventana, asisten a la actuación de la banda musical. Cuando terminan su primera interpretación, todos aplauden entusiasmados, no sólo porque les ha gustado la melodía, sino también porque se sienten muy felices.





TITULOS PUBLICADOS

Blanca Nieves y los siete enanitos

Robin Hood

La bella durmiente

El libro de la selva

La dama y el vagabundo

Bambi

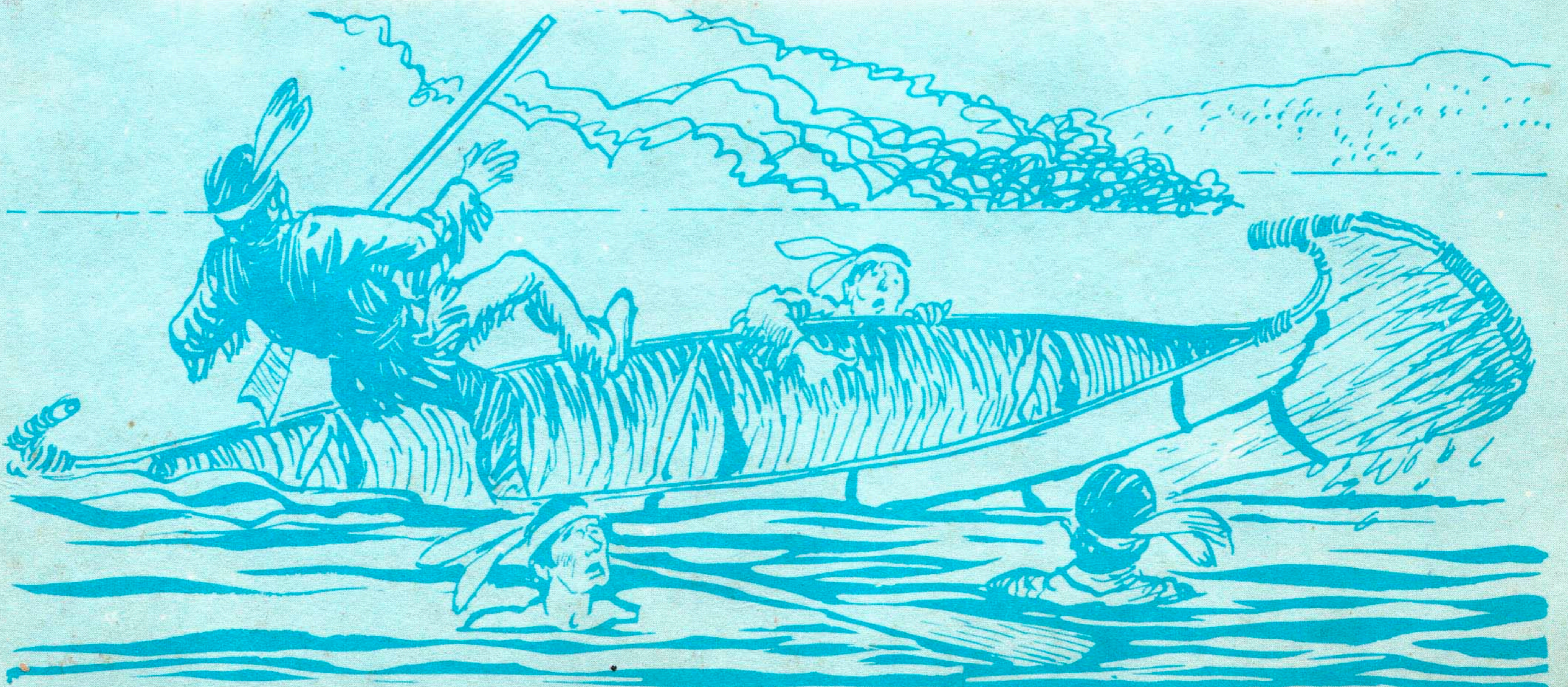
Los aristogatos

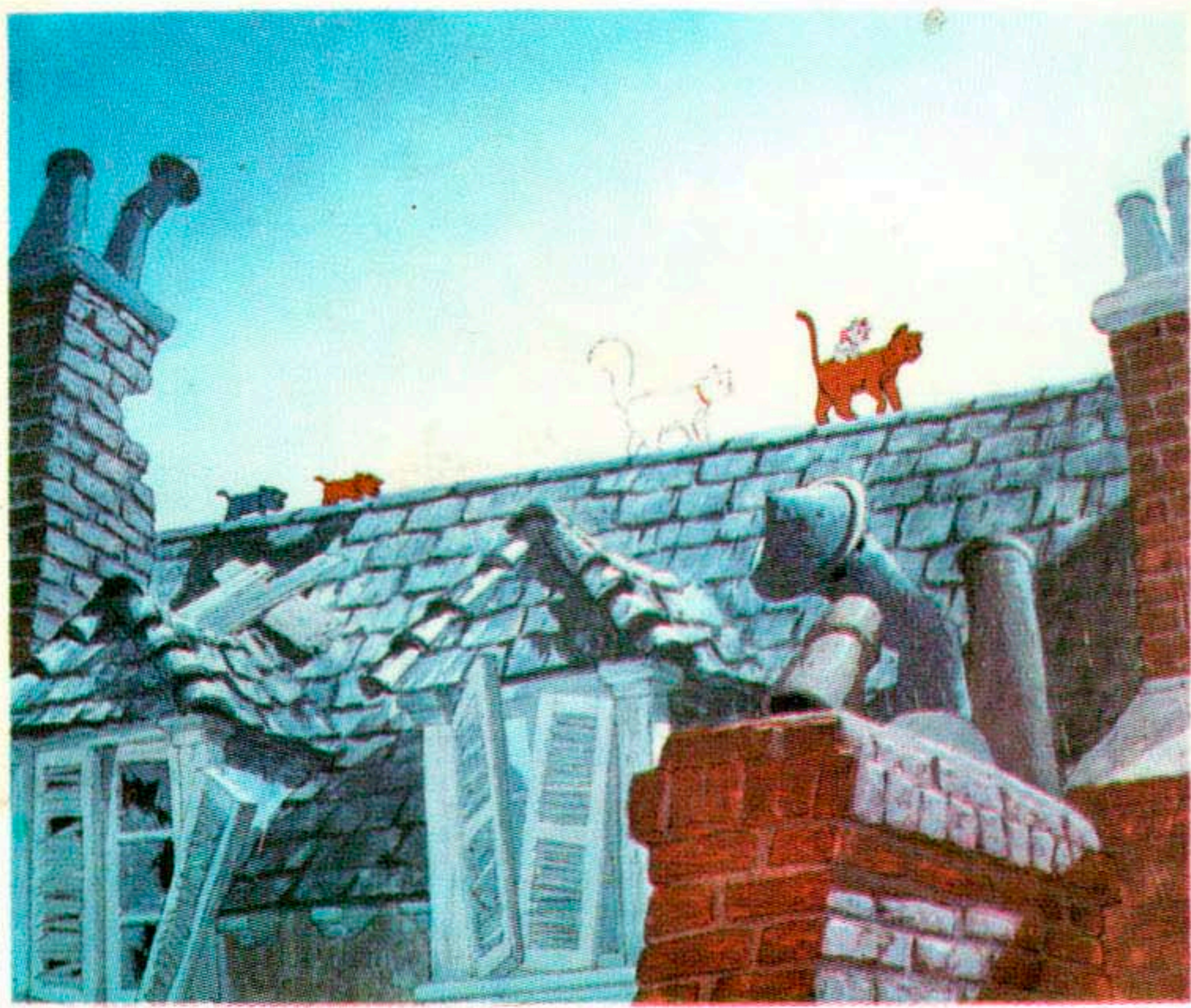
Disneylandia

El pequeño proscrito

El rey de la frontera

Davy Crockett y Mike Fink

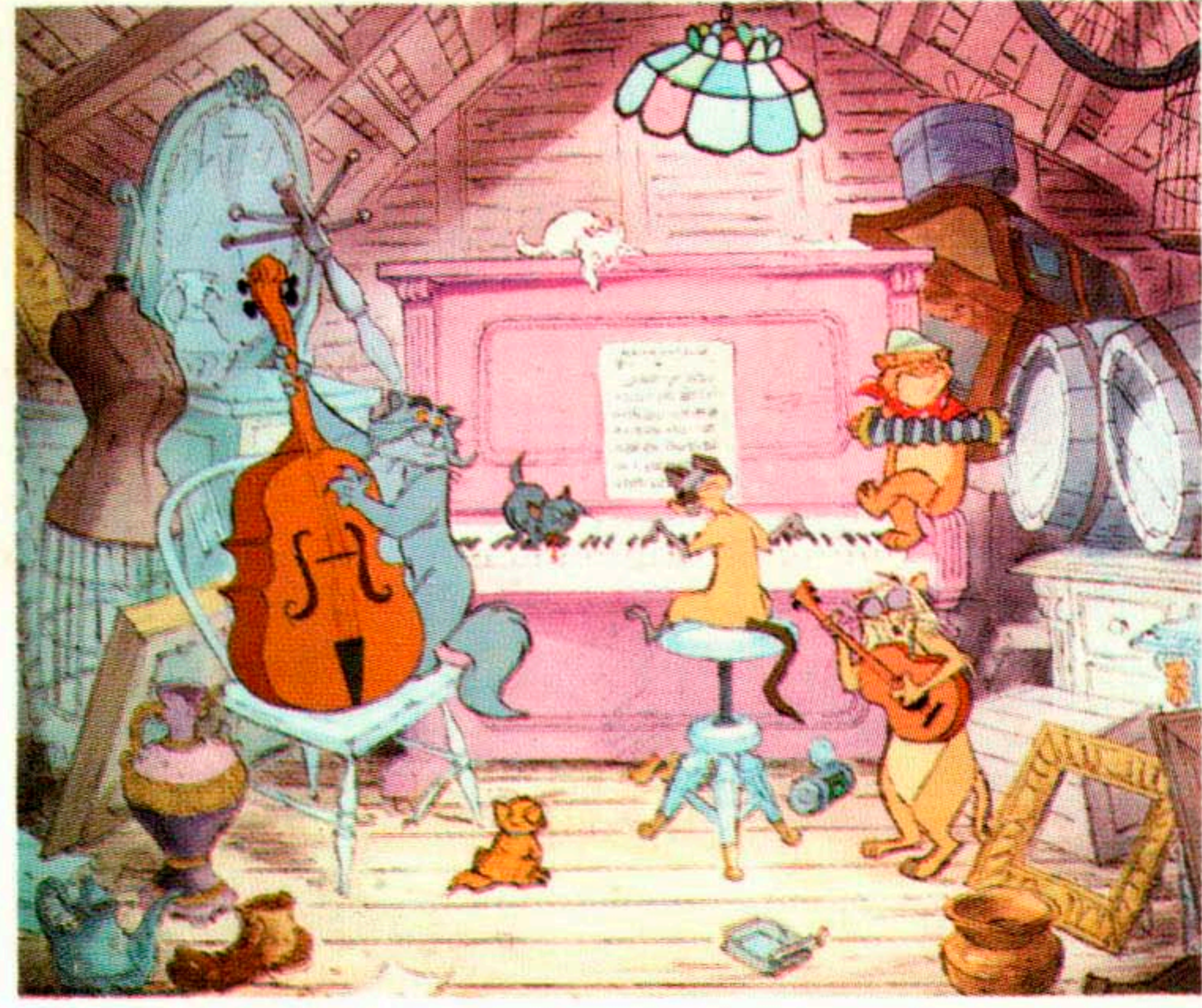




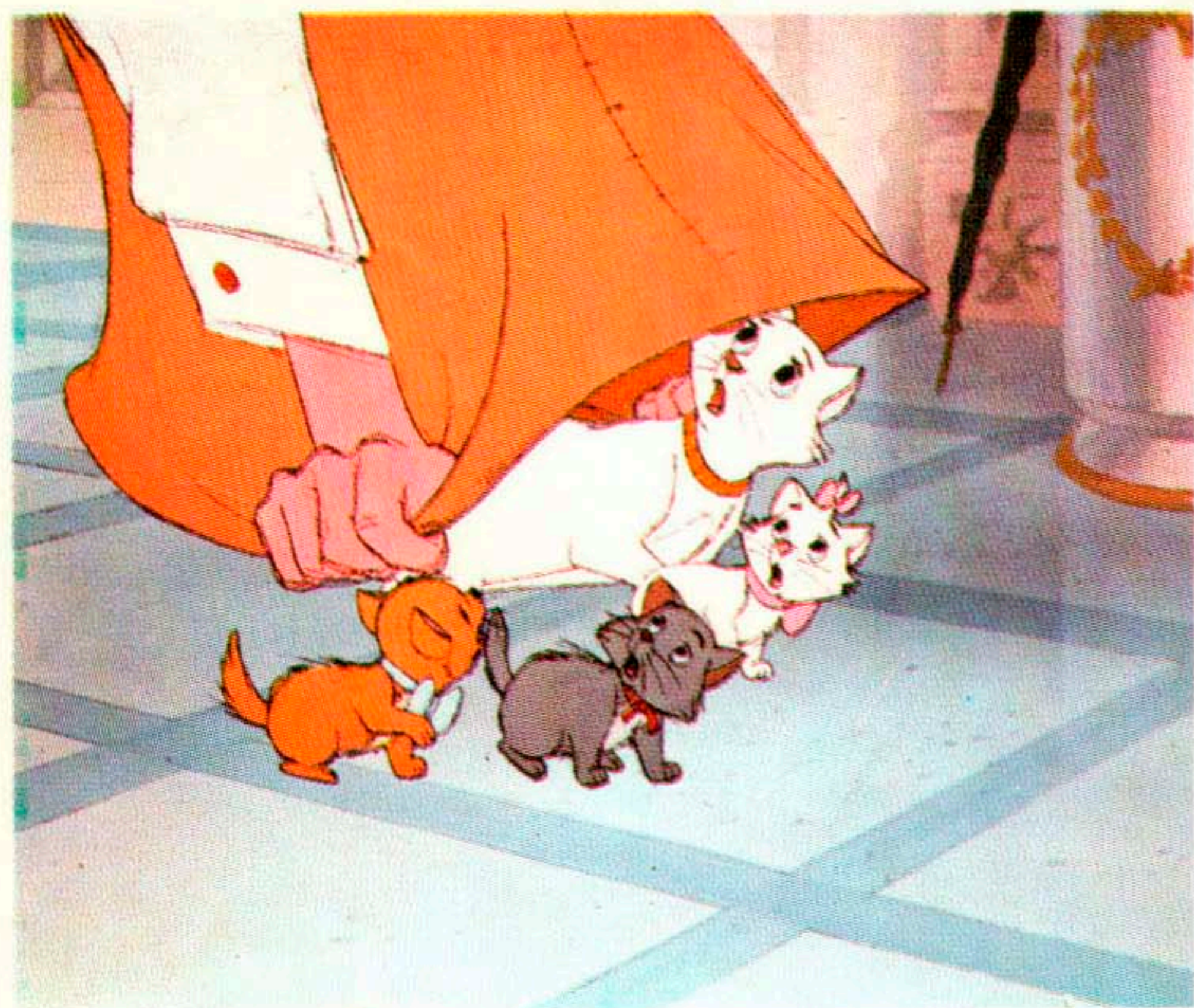
SE RETIRAN A DESCANSAR



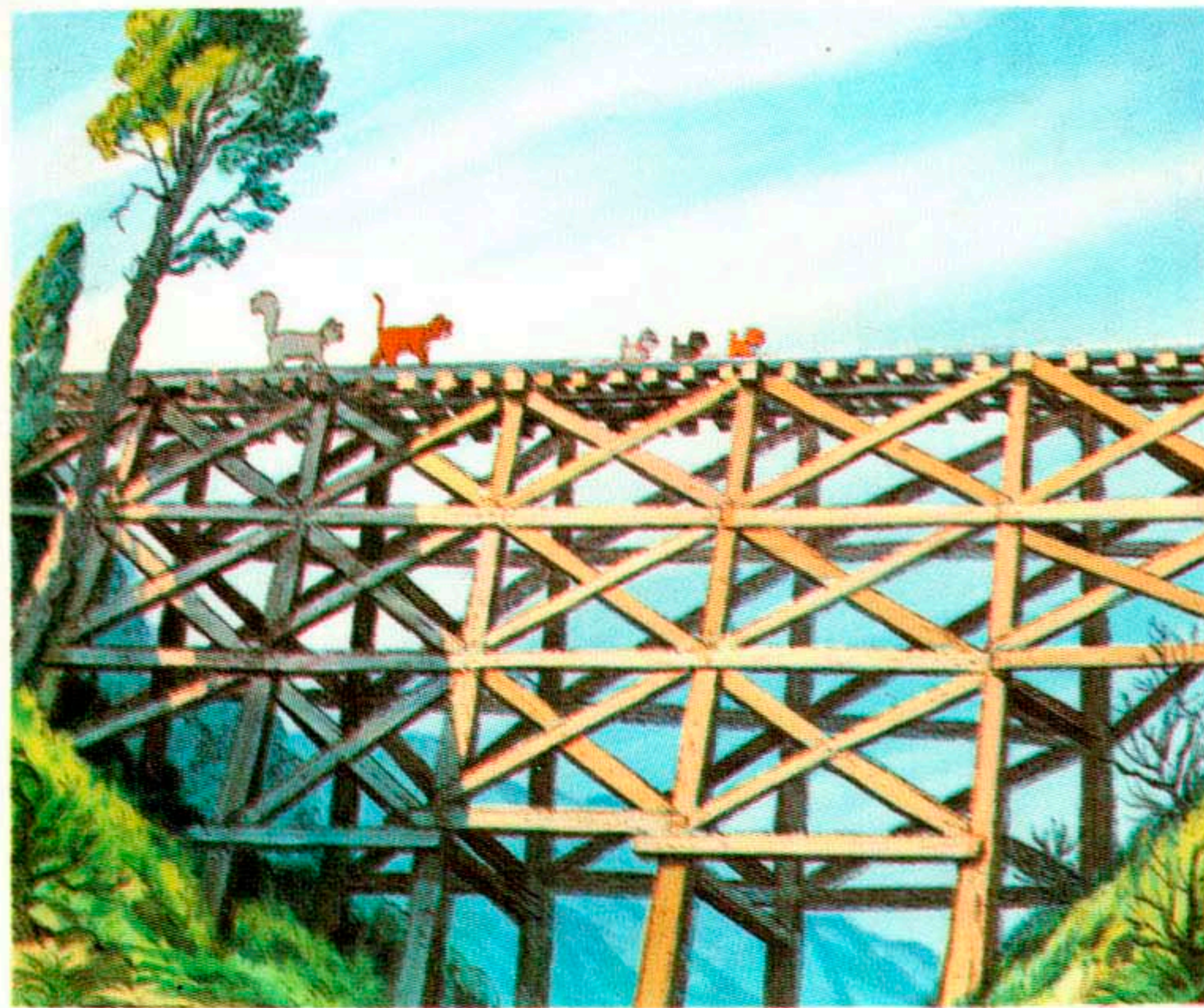
MADAME BONFAMILLE RECIBE A SU ABOGADO



LA BANDA DE SCAT



EDGAR METIÓ A LOS GATOS EN UN SACO



CRUZARON EL PUENTE



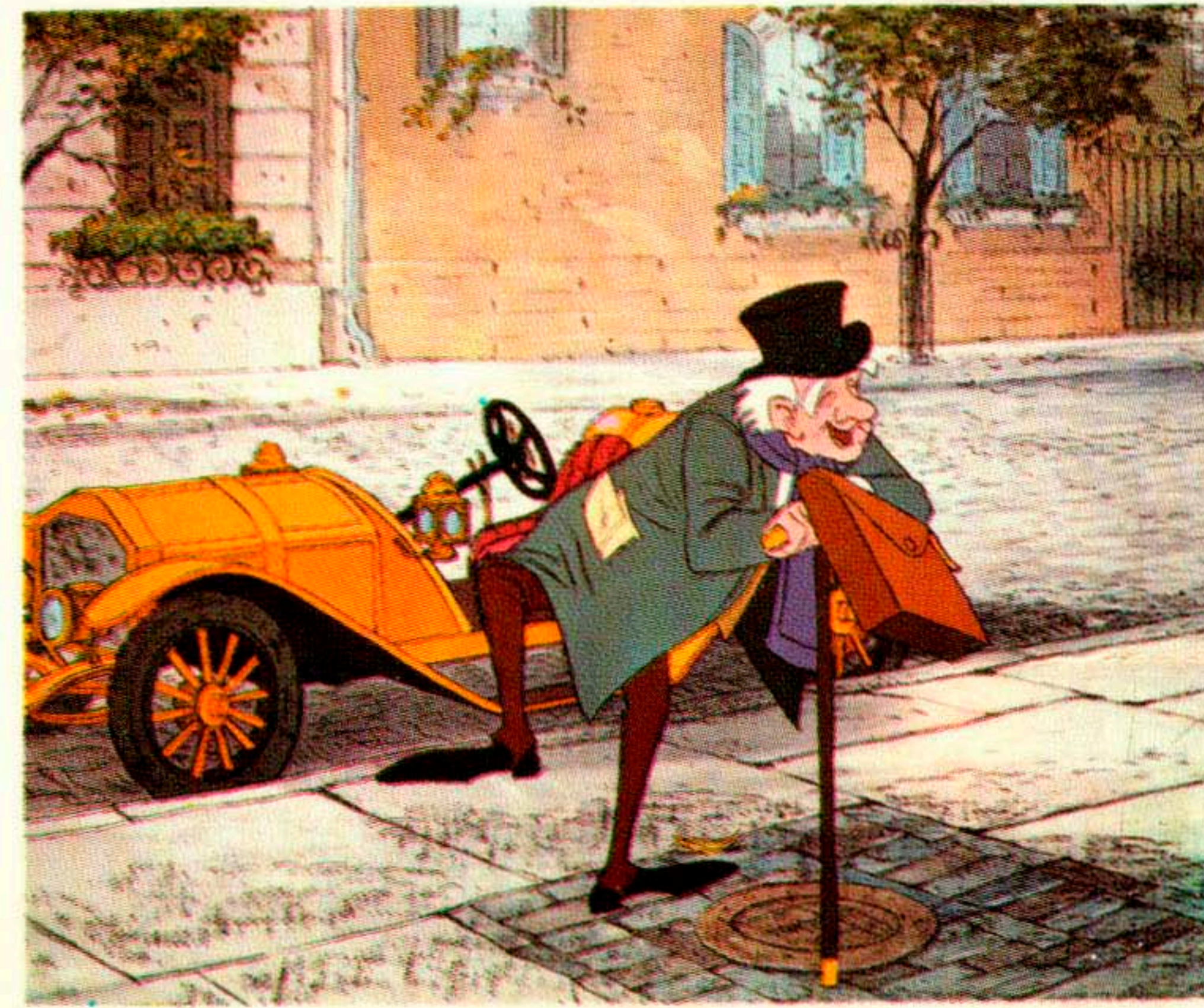
LOS GATITOS INVITARON A ROQUEFORT



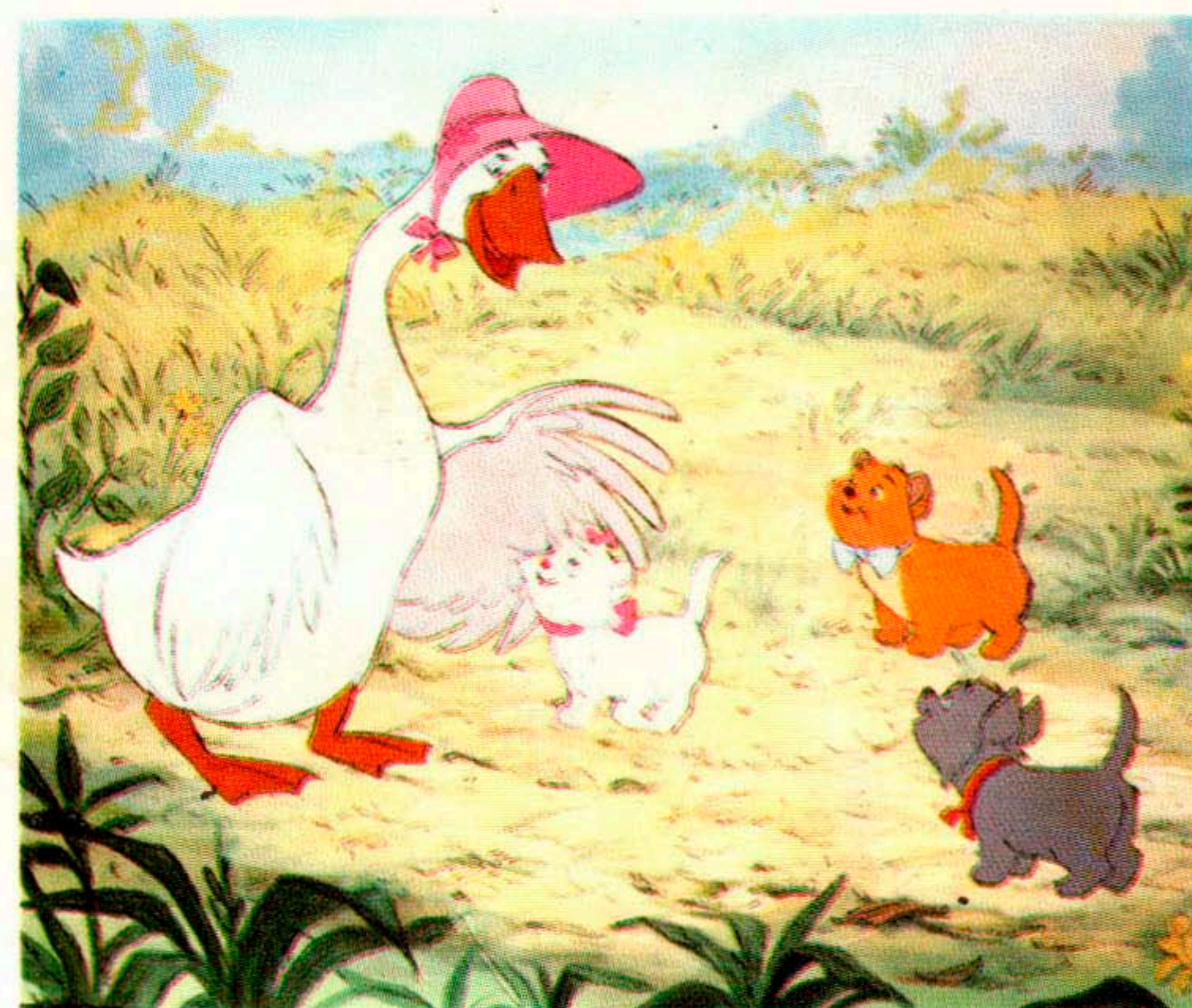
ROQUEFORT SE LLEVÓ UN BUEN SUSTO



APARECIÓ UN GATO VAGABUNDO



EL ABOGADO DE MADAME ADELAIDE



AMELIA GABBLE, UNA DE LAS OCAS



EDGAR, EN SU HABITACIÓN



EDGAR ESCUCHABA POR EL AUDIFONO